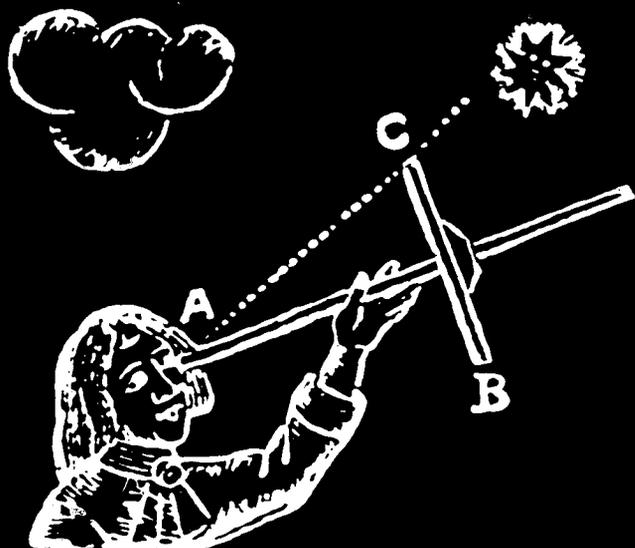


NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO - AMERICANA - NUM. 246





PATROCINADORES :

B. BARRERA Y CIA. DE MEXICO, S. A.

CASA CHAPA, S. A.

CIA. INDUSTRIAL MEXICO, S. A.

DRAGNIN, S. A.

EL PINO, S. A.

FABRICA DE JABON LA CORONA, S. A.

FABRICA DE JABON LA LUZ, S. A.

HILADOS SELECTOS, S. A.

IMPRESOS REFORMA, S. A.

LA MARINA, S. A.

LAMINAS ACANALADAS INFINITA, S. A.

LIBRERIA UNIVERSITARIA INSURGENTES

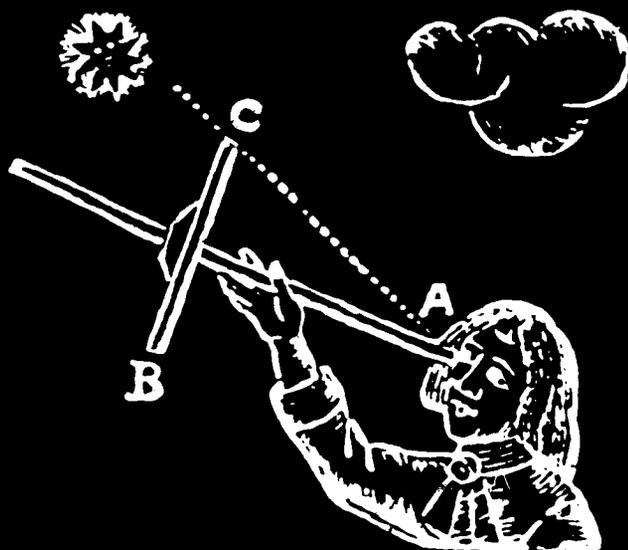
MADERERIA LAS SELVAS, S. A.

M. ALONSO Y CIA. (MADERERIA CARDENAS)

REDES, S. A.

RESINAS SINTETICAS, S. A.

RESTAURANTE JENA



Tanto el empresario público
como el privado
tienen un eminente papel
en el desarrollo económico
del país.

La única diferencia que existe
entre uno y otro
es que
cuando van a la quiebra
uno piensa en el subsidio
y el otro en el suicidio.

Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A.C. Lago Ginebra No. 47 C, México 17. D.F. Tel.: 541-15-46. Registrada como correspondencia de 2a. clase en la Administración de Correos No. 1 de México, D.F. el día 14 de junio de 1963.

Fundador: Alfonso Camín Meana.

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial.

DIRECTOR

Fredo Arias de la Canal L.A.E.

ASESORES CULTURALES

Leopoldo de Samaniego
Miguel Malo Zozaya

COORDINACION

Daniel García Caballero

DISEÑO GRAFICO
Jorge Silva Izazaga

SECCION POETICA

Juan Cervera

COLABORADORES: Víctor Maicas, Emilio Marín Pérez, Albino Suárez, Braulio Sánchez Saez, Joaquín Montezuma de Carvalho, Agustín Contin, Berenice Garmendia, Juan López, Ernesto Lehfeld Miller y Cuauhtémoc Reséndiz N.

El contenido de cada artículo publicado en esta revista, es de la exclusiva responsabilidad de su firmante.

Impresa y encuadernada en los talleres de IMPRESOS REFORMA, S.A., Dr. Andrade 42 Tels.: 578-81-85 y 578-67-48, México 7, D.F.

NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO AMERICANA No. 246

SUMARIO

CARTAS DE LA COMUNIDAD	5
EDITORIAL	7
ESTADO TOTALITARIO Y DEMOCRACIA ORGANICA	
UNANIME. Salvador de Madariaga	8
CORTES. Rafael Heliodoro Valle	10
ASILO AL GENERAL ZELAYA. Victoriano Salado Alvarez	11
PAPELES DEL PRIMER IMPERIO	14
"VIÑAS PAGANAS". Alfonso Reyes	15
LOS ARABES. Antonio Conde	16
LOS GOZOS DE NUESTRA SEÑORA. Marqués de Santillana	18
CORDOBA. Gutierre Tibón	22
FERNANDO CASAS Y LOS DUENDES. R-E. Montes i Bradley	28
LA CAVERNA DEL BUXU. Magín Berenguer	38
RAMON GOMEZ DE LA SERNA. Emilio Novás	42
DESVENTURAS DE CERVANTES. Víctor Maicas	46
LIBERTAD EN LOS ESCRITORES. Félix Gordón Ordás	48
LA TEMPRANA INFANCIA DE FREUD. Siegfried Bernfeld.	
Suzanne Cassirer Bernfeld	52
OPINION DE UN GRAN POETA SOBRE EL DESARROLLO	
DE LA CONCIENCIA. Edmundo Bergler	60
ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ. Fredo Arias de la Canal	72
"ALBARRACIN". María Antonieta Sanz Cuadrado	79
PORTADA: Fernando Casas	

cartas de la comunidad



De La Plata, Argentina

He recibido los tres últimos números de la revista y no es precisamente un halago, sino la más estricta verdad de que Norte contiene un genuino sabor cultural y además en toda ella se advierte la cabeza visible que es punto de apoyo para que la ruta trazada de trascendencia americanista, vuelva por sus preclaros orígenes, única forma de reencontrarnos en espíritu y raza —según decía nuestro Ricardo Rojas— “la raza conviértese para la historia de la cultura en una entidad superior a los individuos, en cuanto es trascendente y de índole espiritual”.

Lucy Etel García Vargas

De Nápoles, Italia

Acabo de recibir el No. 240 de la revista “Norte”, con gran placer le agradezco mucho, y como siempre su prensa es valiente voz de Arte y Cultura —para la sociedad de plumas, Ciencias y hombres en defensa de los nobles ideales.

Esa publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, es una estrella en libertad brillante en el mundo, y tiene elevada en todos los artículos de gran interés por singular belleza de lenguaje, imprenta, papel y colores, su verídico sentido de Justicia hacia una vida mejor entre los pueblos.

Por eso, Norte está siempre en marcha de libertad y amor contra la expoliación, opresores, guerra y hambre (todavía con los tiempos de progreso).

A Ud. que me permite leer una de las mejores publicaciones de su maravilloso y glorioso México, quiero expresarle mi más profunda gratitud con los deseos sinceros para mayores triunfos en todos los campos.

Además reciba Ella y sus amigos del país, mi salutación leal y de cariño.

Vincenzo Granato



En memoria de don Francisco de la Maza, quien, en su incansable dedicación por conservar los monumentos históricos, impulsó a toda una generación a tomar conciencia de esta tragedia. Como un pequeño ejemplo tenemos esta dedicatoria de su libro Páginas de Arte y de Historia:

*Para Fredo Arias de la Canal
sugiriéndole haga un psico-
análisis de los destructores
del arte Colonial de México.*

*Su amigo
F. de la Maza*

(Para Fredo Arias de la Canal sugiriéndole haga un psicoanálisis de los destructores del Arte Colonial de México. Su amigo F. de la Maza.)

LA ARISTOCRACIA HEREDITARIA

Cierto es que la cultura occidental, en el presente, se desenvuelve dentro de un concepto político que se ha dado por denominar: democracia liberal, y creo que es menester ahondar en este asunto, para aclarar, o por lo menos intentarlo, las razones por las que hemos aceptado este término que por inadecuado resulta absurdo.

Existe otro término parecido al del gobierno de la gente, que es el del gobierno de la plebe: olocracia, que a fuer de extravagante es desconocido, pues tal no se puede concebir en la sociedad humana. Pero sin embargo, cosa paradójica, contradictoria e imprevisible como la misma conducta humana; el término **democracia**, ha sido aceptado como si realmente funcionara. ¿El hecho de que presumamos de vivir en una democracia, no estará acaso denunciándonos nuestra carencia de intervención en el gobierno? "Dime de lo que presumes y te diré de lo que careces", dice nuestro refrán.

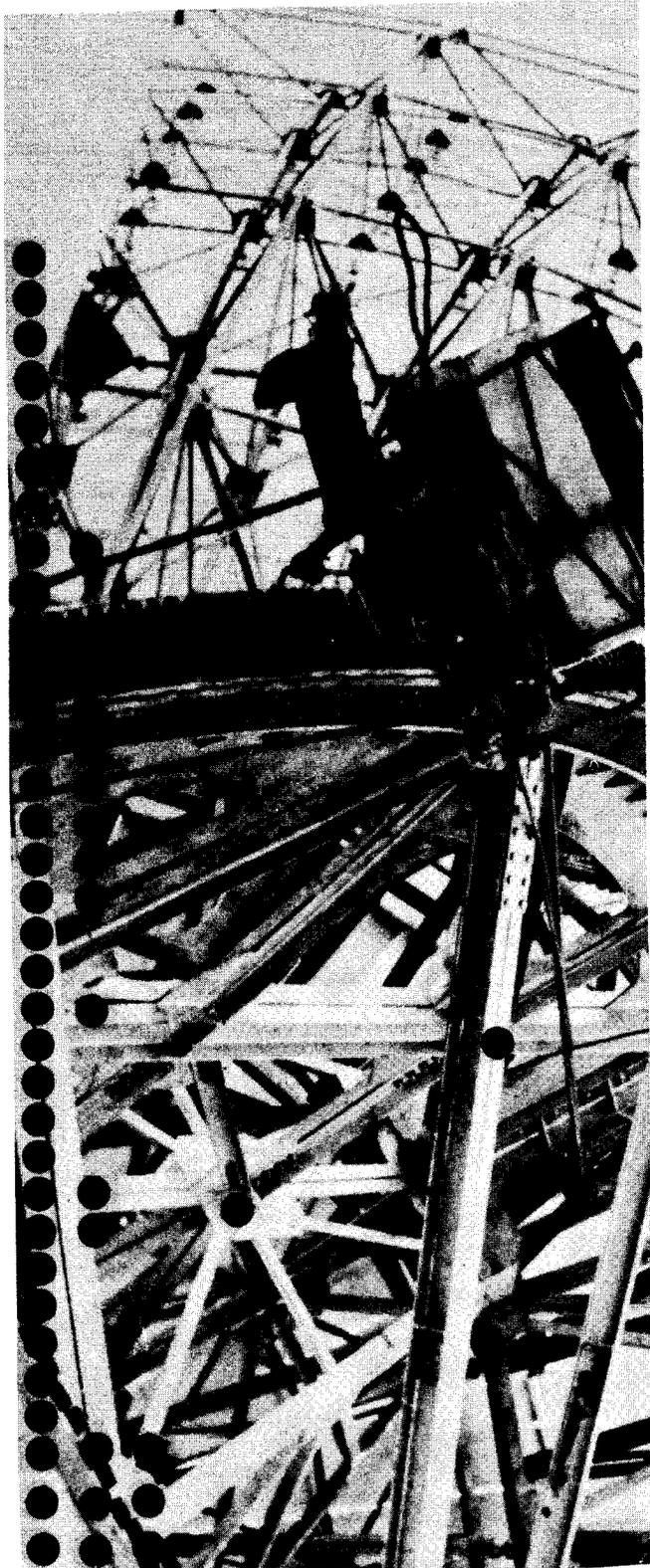
Ahora bien, supongamos que la gente en verdad gobierna a través de sus representantes. ¿Pero no se convierten estos delegados, en una minoría (s)electa y privilegiada: en una oligarquía que a lo mejor que puede aspirar es a convertirse en una aristocracia: el gobierno de los mejores? Escribe Aristóteles que a "la aristocracia se le llama así, debido a que sus gobernantes son los mejores hombres o porque conocen y trabajan arduamente por los intereses del Estado y de los ciudadanos". Entonces debemos de aceptar que todo gobierno, sin excepción, por fuerza es oligárquico con aspiraciones a ser aristocrático, como dice Madariaga.

Por estas razones llegamos a la conclusión de que en vista de que tenemos que ser gobernados por una minoría, por lo menos aspiremos a que sea ésta capaz y diligente; y que en lugar de tener "tomas de posesión" tengamos "tomas de deber", pero que sobre todo cuidemos que la república no cometa un error histórico: seña de la degeneración política, de los advenimientos convulsivos y de las catástrofes sociales, que no es otra cosa que la **aristocracia hereditaria**.

Ortega nos dice al hablar de la tragedia de toda aristocracia hereditaria que: "El aristócrata hereda, es decir, encuentra atribuidas a su persona unas condiciones de vida que él no ha creado (...). El hijo es conocido porque su padre logró ser famoso. Es conocido por reflejo, y, en efecto, la nobleza hereditaria tiene un carácter indirecto, es luz espejada, es nobleza lunar como hecha con muertos".

ESTADO TOTALITARIO Y DEMOCRACIA ORGANICA UNANIME

Salvador de Madariaga



Los métodos, a la vez inadmisibles y contraproducentes, que los dictadores de nuestra época han puesto en práctica para forjar el Estado totalitario, impiden a muchos espíritus libres darse cuenta del elemento positivo que la idea en sí contiene. Las naciones europeas no alcanzaron su plenitud más que bajo la forma de Estados totalitarios, que esto fueron la Inglaterra de los tiempos de la Gran Isabel, la España de Carlos V y de Felipe II y la Francia de Luis XIV. Nosotros, modernos, vivimos bajo la tiranía de Darwin, que a su vez vertió a nuestro lenguaje la añeja doctrina de la lucha por la vida, que figura en el prólogo de *La Celestina*. Nuestra actitud, subconsciente en cuestiones políticas, se modela sobre esta concepción y concibe el progreso (sea cualquiera el significado que a esta palabra se le dé) como hijo de la lucha. Todos creemos hoy que para que una colectividad viva y progrese es indispensable que existan en su seno por lo menos dos opiniones políticas antagónicas.

Pero con el advenimiento del socialismo empieza a circular la idea de que los partidos y sus modos de pensar no son sino las formas políticas de las realidades económicas: así los partidos conservadores corresponderían al capitalismo y a la propiedad de la tierra, los liberales a las profesiones liberales y a las clases medias, y el partido socialista a los trabajadores manuales. Y esta idea, que ha ido penetrando el pensamiento político contemporáneo mucho más allá de las fronteras del socialismo, dentro del cual nació, está produciendo desastrosos efectos, tan desastrosos, que amenazan con destruir nuestra civilización, a no ser que para salvarla sacrifiquemos el sistema político darwiniano orientándonos hacia un concepto moderno emparentado con el Estado totalitario: el de la **democracia orgánica unánime**.

He aquí la situación: los trabajadores no creen ya que los partidos conservadores y liberales —reprobados juntos como **partidos burgueses**— sientan sinceramente lo que dicen y aun lo que piensan; al contrario, los trabajadores estiman que los partidos burgueses hacen de sus ideas cortinas de humo de pensamiento político para defender sus privilegios sociales y económicos. Está, pues, amenazada nuestra civilización por llevar dentro un cisma, un divorcio cordial y mental entre sus clases trabajadoras y sus clases burguesas.

La gravedad de este hecho no puede ser mayor, porque la civilización es cosa de unanimidad, y en ella han de participar de modo consciente y voluntario todas

aquellas personas a quienes abarca. Si el despertar de las masas no va acompañado *pari passu* de su absorción en el conjunto de principios y creencias que constituyen nuestra civilización, es evidente que esta civilización está llamada a perecer, porque tarde o temprano las masas se rebelarán contra un orden que ni comprenden, ni aceptan, ni acatan, y, puesto que tienen de su lado el número, por fuerza habrán de vencer.

¿Y por qué no? Así podría preguntarse el observador objetivo, imparcial e indiferente ante las diversas clases de nuestra sociedad. Pero cometería un error. Porque ya sabemos que las masas en sí son, por naturaleza, incapaces de constituir un Estado; su victoria significaría, por tanto, o la victoria del caos, destructora de la civilización, o una fase efímera de desorden para dar lugar a la aparición de un nuevo cuerpo de líderes.

Pero entonces, si la transformación de la sociedad presente, supuesta incapaz de absorber las masas en otra que lo fuese, pudiera hacerse bajo la dirección de los líderes actuales, el mundo se ahorraría la fase de revolución, la fase de la creación de los nuevos líderes y la fase de ensayo, duda y posible fracaso de estos nuevos líderes en su esfuerzo para crear un conjunto armónico.

De todo lo cual resulta que el imperioso deber de las clases directoras de nuestra civilización actual está en la absorción de las masas a medida que se van despertando a la vida pública. Pero absorción ¿en qué? A buen seguro que no será en el Estado capitalista, porque el orden creado por el capitalismo no satisface ya al hombre inteligente y no satisface tampoco al trabajador. Para que el Estado pueda esperar absorber las masas en una colectividad es menester que se haga a sí mismo el representante sincero de esta colectividad y, por lo tanto, habrá de concebirse desde el punto de vista sincero del interés común. El estado tiene, pues, que ser una verdadera república.

Ahora bien, en una verdadera república, plenamente constituida como tal, quedaría muy poco espacio libre para los partidos políticos, porque la mayor parte de los problemas preliminares de índole política y constitucional estarían ya, por hipótesis, resueltos, mientras que los problemas de la vida cotidiana pasan cada vez más a la jurisdicción del estudio científico y desapasionado de los hechos colectivos. Puede, pues, profetizarse que la gravedad de la situación creada por el desarrollo de un proletariado disidente irá atenuándose en la medida que el Estado se vaya transformando en una

verdadera república o, en otros términos, que las clases directoras y poseyentes que no se dan cuenta de la urgencia de desprenderse de sus privilegios de clase y de propiedad no justificados por un criterio funcional están condenadas a desaparecer.

La democracia orgánica unánime es la forma natural que tiene que adoptar una nación civilizada que alcanza su mayoría de edad. Pero esta forma sólo puede ser la última fase de una evolución política hacia la sabiduría por la libertad. El Estado totalitario, alcanzado por la autoridad y por la fuerza, es tan sólo su caricatura. La relación que ha de buscarse entre el individuo y el Estado no es de obediencia, sino de adaptación perfecta, y nuestra fe consiste precisamente en creer que esta adaptación perfecta es posible si las clases directoras constituyen una aristocracia y si, por lo tanto, consiguen transformar el Estado en una verdadera república. **En un Estado así constituido, la libertad y la autoridad serán funciones naturales, y el cuerpo político gozará de orden, que es la forma colectiva de la salud.**

Pero ¿dónde hallar un ideal que conquiste la unanimidad de los ciudadanos? Los Estados dictatoriales contestan: en la Nación. Nosotros no podemos aceptar este punto de vista. Para nosotros, la nación no tiene finalidad y, por lo tanto, no es idea sobre la cual podamos fundar nuestra democracia unánime. **En nuestra opinión, la solución está en plantar francamente ante las masas el ideal humanístico, la humanidad organizada,** cuyos miembros son las naciones al servicio de los hombres individuales que las componen, y en apelar a su sentido común para hacer adoptar los mejores métodos y los más eficaces para el funcionamiento de la vida colectiva dentro de cada república nacional. **Si la idea de la república nacional, sinceramente dedicada al servicio de cada uno de sus ciudadanos y a la creación del ambiente óptimo para la libertad y la experiencia de cada uno de ellos penetra las clases directoras e inspira sus actos, la democracia orgánica unánime irá creándose gradual y espontáneamente y el mundo político irá saliendo de esta era de lucha y de descontento por que atraviesa. Porque la inmensa mayoría de nuestros males se deben a la anarquía mental y a sus efectos materiales.** El pueblo no tiene visión. Curemos la anarquía mental ofreciendo al pueblo la visión de una humanidad sana, ordenada y organizada, nada sentimental; una humanidad práctica, pero grande, como el hombre.

Tomado de: Anarquía o Jerarquía. Aguilar 1936.

Rafael Heliodoro Valle

Entre los escritores españoles del siglo XVI, no por haber concurrido a las aulas de Salamanca, sino por su rica humanidad, su gran amor a la vida y su **desdén a la muerte**, figura don Hernán Cortés, héroe de sus historias, biógrafo de sí mismo.

Era el suyo un siglo singular, en que el hombre se sentía señor de las tierras que hollaba, y, a la vez, paladín de aventuras y sueños, partícipe de la grandeza imperial de España, creador de formas y de estilos, ciudadano del mundo en que al César se daba lo que era del César y a Dios lo de Dios. Los humanistas hablaban en el español de las gentuzas; y los genios en que el pueblo tenía depositadas sus simientes oscuras, lo hacían con la elegancia sencilla y orgullosa de los poetas y de los príncipes. El más ilustre de los capitanes se daba el lujo de escribir al Rey con la circunspección altiva de los menestrales y los soldados rasos, y en la democracia del idioma todos se hallaban felices al expresarse en la lengua del Romancero y de verter sus pensamientos sin recurrir a retóricas y artificios.

De allí el encanto de las cartas en que Cortés y algunos de los campeones de adarga al cinto y emoción a flor de prosa, volcaron sus noticias de mano primerísima, sus ímpetus y sus mentiras, sus utopías y hasta su melancolía. Pocos de ellos tuvieron la paciencia y el buen gusto para escribir al Rey contándole todo lo que veían y escuchaban, regalándole así las primicias de los mitos y dibujándole —con el sobrio primor de los que fabricaron gobelinos— los paisajes del Nuevo Mundo, las costumbres de las gentes adornadas de plumas y que sabían lapidar las piedras preciosas con el fino saber de los que todavía, en el crepúsculo de la Edad Media, cincelaban cantos de gesta o de amor al pie de las silenciosas celosías.

Las Cartas de Relación de Cortés y las otras que escribió en los paréntesis de sus hazañas están escritas con palabras que se entrelazan en la ascensión del poema, ya que fueron saturadas de pasión cálida, entrañable, que al final del día afanado les iba brotando de las soledades encendidas del alma en que se acrisolan, como en reverbero terrible, el hierro de la sinceridad y el oro de la fantasía.

Cortés tuvo la emoción del poeta y la gracia del narrador que, sin proponérselo, deleita y enreda en las urdimbres del relato. Sabía describir, usando mesuradamente los epítetos, diciendo con claridad lo que se proponía decir y despreciando las penalidades sufridas no sólo para comportarse como un héroe genuino, sino para magnificar a sus compañeros en las arduas empresas en que se había erigido capitán.

Escribe como un rey a otro rey, sin olvidar que le debe reverencia y que le engríe con sus triunfos. Y ¿por qué no, más tarde, escribiría a los reyes de Tidor y de Cebú? No pocas veces exagera sus hechos para que Carlos V y quienes le lean se deslumbren con la lejanía de tierras henchidas de riqueza; pero en la mayoría de ellas se ciñe a la verdad, como ha podido comprobarse. El acento de su voz se percibe con claridad; es distinta de la de los otros capitanes que añadieron esplendor a la corona de América, que era entregada, sin costo alguno, a la Casa de Austria, como si fuese la corona de las estaciones.

Sobre las ruinas del México antiguo supo conservar, para admiración de la posteridad, las huellas de muchos de los testimonios de la cultura precolombina que perpetúan el arte de uno de los pueblos que han elaborado formas originales de belleza. En sus relatos al César trazó la primera biografía de los pueblos vencidos por su espada y rescatados a nuestro conocimiento por su pluma. Gracias a su puntualidad de relator que tenía el don de admirar, tenemos noticias que el geógrafo, el etnólogo y el historiador pueden aprovechar ahora. Son relatos de gran emoción lírica y de elevación épica. En ellos habla con elocuencia neta, sin más colores que los indispensables para dar encanto natural a los dibujos.

ASILO AL GENERAL ZELAYA

Victoriano Salado Alvarez

Don Enrique Creel pensaba de buena fe que el desembarco de marinos americanos en territorio nicaragüense sería un botafuego que incendiaría y haría saltar la fe y la confianza que en los Estados Unidos tenían las repúblicas americanas. Su argumento toral era que la obra de Mr. Root quedaría completamente arruinada a la hora que el primer **bluejacket** pusiera los pies en el muelle de Corinto.

Fingía el astuto Knox que encontraba muy atinadas las observaciones de nuestro embajador y también se fingía espantado del alejamiento hispanoamericano respecto de Washington. De seguro sabía el marrullero secretario que no habría un solo país que se opusiera a la invasión, y que el crédito de los Estados Unidos ni mermaba ni crecía con una o muchas incursiones de marinos dentro del territorio nicaragüense. Va para un cuarto de siglo que esas cosas ocurrieron y ni el mundo se ha desprendido de sus ejes diamantinos, ni ha sobrevenido la catástrofe que nos figurábamos.

Era Knox el tipo del **politicien** americano. Bajito, algo calvo, con la piel bermeja y el ademán reposado, el padre de la diplomacia del dólar permanecía siempre impasible, sobre todo cuando se trataba de desarrollar su peculiarísima política.

Muchas veces le hablé, como cuando presenté a los señores De la Barra y Dávalos; pero cuando me impresionó más seriamente fue cuando en Guatemala llegé en viaje también de cortesía y "buena voluntad", evangélicas palabras que entonces todavía no se inventaban, acompañado nada menos por miss Elkins, la prometida del duque de los Abruzzos, y a cuerpo de rey fue cortado por el Gobierno y por el millonario ministro Sands, y sobre todo por el Gobierno cabrerista.

Yo estaba impedido de salir a cualquier parte porque me había brotado una inacabable serie de forúnculos en el cogote y no podía vestirme, ni mucho menos vestirme de ceremonia o de uniforme.

Pero un día recibí la visita de Mr. Lionel Carden, ministro de Inglaterra, que me indicó que Knox de seguro extrañaba mi ausencia en todos los besamanos y ceremonias que en su honor se habían organizado y me sugirió hacerle una visita particular a fin de darle a conocer que no tenía en su contra mala voluntad ni menos había recibido de mi Gobierno órdenes para abstenirme de participar en tales solemnidades.

Yo conocía la franqueza de Carden, pero no me ocurrió que pudiera llegar hasta regañar acremente al secretario de Estado de los Estados Unidos por su política latinoamericana.

Entre otras cosas, le dijo: "Treinta o cuarenta años llevo de frecuentar estos países y le juro a usted que cada día lo comprendo menos. ¿Cómo es posible que ustedes tengan pretensiones al imperio universal y cometan dislates tan grandes como **la imposición de Madero y el status de Nicaragua?** No debe nunca un estadista proponerse fundar una obra sólo sobre el engaño y la violencia. Legítimas son las ventajas que han ganado ustedes, o por lo menos las ha sancionado el tiempo; pero ¿qué van a hacer con la enemiga de tantas gentes que si ahora los aborrecen y los temen, acabarán por aborrecerlos solamente?"

Uno de los puntos que se trató en la conferencia fue el de la suerte de los emigrados políticos que se refugiaban en los diferentes países centroamericanos huyendo de las venganzas de los caciques que gobernaban en sus tierras. Knox estuvo intratable. "El único remedio para las revoluciones de estos países —dijo— consiste en atraillar a esos pícaros que se dicen políticos y que no son sino perturbadores de la paz pública. Con ponerles un grillete al pie, unas esposas en las manos y mandarlos en una mula a la frontera de sus respectivas tierras, queda arreglado todo y resueltos para siempre cuantos conflictos centroamericanos puedan presentarse en cien años, y si son motivo de molestia grave para los Estados Unidos, no por eso deben dejar de preocupar a los otros países europeos y a los americanos que tengan alguna dosis de seriedad."

Ya me figuraba yo a los pobres guatemaltecos refugiados en los diferentes países, puestos a la disposición del gran Estrada Cabrera, que no dejaría de regodearse en un macabro banquete en que los anfitriones serían nada menos que los Estados Unidos.

* * *

Como se sabe, la pretensión más moderada que tenía el Gobierno de la Casa Blanca consistió en que se entregara a Zelaya para que se le juzgara en los tribunales americanos como autor de los asesinatos de Groce y Cannon. Era algo tan extraordinario, que no se comprende cómo pueda haberse pensado en ello sin estar seguro de que las relaciones internacionales del mundo

entero tenían que modificarse completamente para darle entrada a un imperialismo de nuevo cuño del cual ni siquiera se tenía noticia.

Las pretensiones de Roma para sojuzgar a los reyes de Oriente y hacerlos comparecer ante el Senado romano, los actos de jurisdicción ejercidos contra el enviado del duque de Mantua, o de Cristina de Suecia, asilada en Francia, contra Monadeschi, parecían cosa chica y de significado sin valor en comparación de aquel atentado inaudito que se pretendía realizar contra el Presidente de una República democrática popular, independiente, con su Constitución y sus tribunales semejantes a los de los Estados Unidos.

Ese punto lo defendió con empeño nuestro comisionado y propuso —en cuán mala hora— sacar a Zelaya y asilarlo después en México para evitar complicaciones.

No referiré los trances de esta situación diplomática porque alargaría demasiado este capítulo y porque es conocidísimo de todo el mundo. La orden para pasar a Zelaya a través de la escuadra americana, la de volar el barco si había demostraciones hostiles contra el Presidente caído o propósito de capturarlo y otras muchas cosas, el público las ha leído y se han repetido hace poco en los tribunales como prueba de caballerosidad y honradez de parte de nuestros diplomáticos y marinos.

Pero yo vuelvo a preguntar: ¿Quién nos metió en libros de caballerías y por qué andábamos asilando a personajes que nada nos importaban y sí nos podían traer, como nos trajeron, complicaciones sin cuento?

Duelos y quebrantos ha de haber pasado don Enrique para persuadir al Gobierno de los Estados Unidos de que no sólo no era acto poco amistoso el de dar asilo a Zelaya, sino que salvaba a los Estados Unidos de una verdadera dificultad y le proporcionaba manera de salir decorosamente de un conflicto irresoluble.

Esto era lo cierto; pero hacérselo comprender a Taft, y sobre todo a Knox, constituía un positivo alarde de habilidad.

¿Cómo el general Díaz, con su reconocido don de hombres y negocios y con su patriotismo no desmentido, llegó a poner al país en trance tal que un esguince habría bastado para producir la ruptura absoluta de las relaciones con los Estados Unidos?

Si un cañonero de los que guarnecían la entrada de Corinto hubiera disparado un tiro contra nuestro Ge-

neral Guerrero malinterpretando las órdenes recibidas o peleando por exceso de celo, como en el caso del comodoro Jones, ¿qué manifestaciones habrían venido en México y en los Estados Unidos, qué injurias para nosotros, qué oportunidad para que los jingoes americanos hubieran desfogado su rabia pidiendo se castigara al greaser traidor y embustero?

No hubo resorte que don Enrique no tocara en aquella ocasión. Movi6 todas sus relaciones en Washington, Nueva York, Pittsburgh y Chicago a fin de conseguir la persecución y castigo de Zelaya o de quien fuera culpable del fusilamiento de los americanos Groce y Cannon; debería entenderse en términos hábiles y no dar por supuesto que se procedía a priori en el arresto de Zelaya sin que mediaran sentencia pronunciada o a lo menos orden expedida por tribunal competente; y que por lo mismo, el asilo no burlaba la política de Mr. Knox, sino que se concedía de acuerdo con los principios de derecho internacional y dejando a salvo la acción de los Estados Unidos para procesar y extraditar al individuo sobre quien recayeran sospechas de haber realizado sin derecho los atentados que de Zelaya se suponían.

Mucho tacto tuvo que emplear don Enrique para cumplimentar las órdenes terminantes de la Secretaría de Relaciones y para no herir la susceptibilidad del Departamento de Estado, que habría visto en la misma declaración de nuestro comisionado el deseo de proclamar una victoria incruenta pero decisiva en materia tan trascendental y para tranquilizar al licenciado Carbajal y Rosas, nuestro ministro en Managua, que dudaba de cumplir las órdenes de don Enrique sin pasar por el conducto del Ministerio (cosa que yo apruebo, pero que en aquellos momentos de ansiedad podían haber comprometido toda la situación por más que salvaran, a los ojos de nuestro Gobierno, la responsabilidad del joven diplomático).

Uno de los factores más difíciles de conciliar era la Prensa. Aquellos periódicos amarillos que nos habían insultado tanto y que tan reciamente habían embestido contra la misión de Creel, habrían visto la oportunidad que ni pintada para lanzarse a nuevos denuestos y nuevas groserías. ¿Era concebible que la humilde Secretaría de Relaciones de un país inferior en crédito y en importancia se pusiera nada menos que contra el sacratísimo Departamento de Estado, cuya decisión es inapelable y que ha dado la ley siempre y contra todos los pode-

res de la tierra? Ya se sabe la divisa: **"Con mi país cuando tenga razón, y cuando no tenga razón... siempre con mi país"**.

Sin embargo, esa Prensa procaz, embustera, escandalosa, que arma un castillo con una opinión y lo deshace con una palabra, cesaba en sus ataques, y aun el asilo concedido a Zelaya primero en nuestra modestísima unidad de guerra y después en la ciudad de México, se comentaron con buena voluntad y hasta con buen sentido por los diarios que antes habían estado inexorables. Y no se olvide que los tales diarios habían hecho la guerra del 98, la elevación de Mackinley, el crédito de Roosevelt y cien mil cosas de todos sabidas.

The Chicago Record Herald del primero de enero de 1910 publicó un artículo titulado **Knox asks Brasil to help americans in mexican muddle**, que casi era un mea culpa.

Varias declaraciones hizo a la Prensa don Enrique, y todas de importancia excepcional. Era necesario seguir ese temperamento porque ya se sabe que quien en los Estados Unidos se cierra a blancas con los periódicos, corre el riesgo lo mismo del boicot que de la injuria alevé y tracionera.

Otra labor de nuestro enviado consistió en predisponer en favor nuestro a los ministros centroamericanos residentes en Washington y en tomar lenguas sobre la actitud de sus gobiernos. Claro que la alianza salvadoreña, recién inaugurada con Guatemala, tenía que sernos fatal, y que a D. Federico Mejía, el ministro del país a quien siempre habíamos tenido como amigo, y que a la hora del peligro se echó en brazos del común enemigo, había que tratarlo con reservas. A esa euforia internacional se dirigió toda la habilidad y el conato de don Enrique.

A fines de ese año de 1909 se inició francamente la diplomacia del dólar. Primero el apoyo a la casa de John Pierpont Morgan, que reclamaba con agrias voces el pago de la famosa deuda hondureña que no se satisfará nunca, pero que siempre servirá de pretexto para **conservar sojuzgado y sin progreso a ese pueblo**; después la declaración sobre Santo Domingo, que ya no dejó duda sobre los propósitos del Departamento, y por último mil accidentes más, hacían prever que existía un enlace indudable entre los casos de Honduras, de Nicaragua y de todos los demás que en aquellas cosas intervenían.

Había otro punto delicado: el nombramiento del famoso Phil Brown para secretario de la Embajada americana en México. El señor Creel hizo las observaciones que juzgó adecuadas y de un modo comedido advirtió que si el Gobierno americano insistía en el nombramiento, a pesar de las objeciones que el nuestro le hacía, Brown sería recibido y gozaría de las prerrogativas de su cargo.

Era patente que el Departamento de Estado iba a cambiar de política y que en vez de la moderada de mister Root que había disipado tantas desconfianzas, se acarrea a la de Blaine y a la del **big stick** de Roosevelt. A Mr. Knox le venía holgado el puesto en que lo había colocado la confianza de su partido. El empréstito chino y la neutralización de los ferrocarriles de Manchuria demostraban que no entendía siquiera la misión que había recibido y la manera de arreglarla. Sin embargo, lo que contaba para nosotros era la inalterable amistad con Estrada Cabrera, el ultimátum a Honduras, el de Nicaragua, la cuestión Emery y la reclamación **inicua contra Chile por la compañía Alsop**.

Así empezaba el año de 1910, centenario de nuestra independencia y octogésimo de la vida del general Díaz.

**Aunque se Muden Gobiernos,
don Antonio no se va**

Si se preguntara cuál es el monarca universal del mundo, se pudieran responder que el despotismo, porque éste reina en todas las naciones, en todos los gobiernos y para decirlo de una vez, en todas partes: se varían las formas de gobierno, se abandonan unas instituciones y se establecen otras; pero don Antonio no se va: en todas partes asiste como en su casa, y maneja el fiel de la balanza de Temis a su antojo y contra la voluntad de esta diosa.

No hace mucho que por remoción del señor Verazuela quedó vacante su plaza de oidor en esta audiencia: se hizo la citación convocatoria y de estilo para que los abogados ameritados ocurriesen a entablar sus solicitudes; pero ¡oh poder de don Antonio! al segundo día del llamamiento ocurrió un abogado de nombre de esta ciudad, y se le contestó **que ya estaba ocupada la vacante** por el licenciado Marín, abogado de Puebla, sin que éste hubiese presentado escrito alguno, ni méritos de carrera comparativos con ningún abogado de México pues hasta el día no se ha matriculado, y por lo mismo jamás se ha conocido en los estrados de esta audiencia, como lo pueden asegurar los relatores más antiguos y aun los porteros.

Considérese con qué estómago podrá darle cuenta a este señor ministro, como subalterno un abogado viejo, conocido por su carrera literaria y mérito, como por ejemplo, **un Barrera, un Torres Cataño, un Cárdenas, etcétera**; y aun el mismo señor Marín ¿cómo podrá alternar con los antiguos señores que hoy componen la audiencia, no sabiendo éstos que es abogado sino por noticias, y aun pudiendo sospechar que su carrera no fue de lo más brillante, pues a haberlo sido, el Estado de Puebla en que nació, lo hubiera propuesto en sus vacantes, que por lo menos ha habido tres después de establecida su audiencia? Esto no se hizo, luego es de inferir que su actual colocación fue obra del empeño y no de la justicia.

A ésta se faltó notoriamente colocando en la audiencia a un sujeto, **cuyos talentos y servicios, por grandes que sean, son ignorados** y ni con mucho comparables con los de tanto benemérito letrado de México: yo no lo soy, y por tanto no se podrá decir que dirige mi pluma la envidia, porque jamás he de pretender una toga; tampoco soy enemigo del señor Marín, a quien

ni tengo el honor de conocer, yo lo supongo un sujeto de mucha ilustración y del mérito más recomendable; sin embargo, una citación legal en una vacante de éstas, es como un concurso de acreedores, en donde precisamente se debe oír a cuantos aleguen derecho contra el capital concursado, por manera que si en el supuesto caso, el juez adjudicara el capital al primer acreedor que se presentara, la adjudicación sería nula, por falta de la legalidad del concurso que no había habido. ¿Cuánto más injusta no fuera esta adjudicación si se hacía no ya en favor del primer acreedor que se presentara, sino en favor de un extraño a quien nada se le debía? Pues éste es nuestro caso en cuestión: una vez hecha la citación, se debía esperar a los pretendientes, oírles sus alegatos, examinar sus méritos y elegir imparcialmente al que en ellos y en aptitud se aventajara; pero hacer la citación, provocar a los meritorios y alborotar el cotarro después de dada la plaza, es un ceremonial muy propio de don Antonio. Los hombres no se engañan como los muchachos, conocen los resortes de esas maniobras, **y la santa libertad de imprenta les facilita, si no el que se les haga justicia, al menos quejarse al público cuando se les niega.**

En todos los Estados de la Federación, por lo regular se colocan sus hijos en los mejores puestos; pero quién sabe por qué desgracia los hijos del Estado de México, ven repartir el pan a sus hermanos, y a ellos no les toca una migaja.

Ni se crea que un obstinado amor al paisanaje me hace producir de esta manera: soy imparcial, cuando haya un talento superior a todos los mexicanos, colóquese enhorabuena en cualquier empleo con preferencia a éstos; **la patria no necesita ni jaliscienses, ni poblanos, ni mexicanos, etcétera, sino hombres de talento y probidad**: cualquiera que sobresalga en esto, es acreedor a los mejores puestos en cualquier Estado; pero no habiendo esta singular ventaja, cada Estado debe atender a sus hijos, porque así lo exige el orden de las sociedades.

Mucho menos se debe citar para no oír, esta es una burla que siempre pondrá en ridículo a los ciudadanos: esta citación se hizo o de buena o de mala fe: si de buena, un mes no era bastante para examinar los méritos de los pretendientes; si de mala, mejor era excusarla; de esta manera se faltaría a la justicia distributiva; pero no se haría una burla tan a las claras a los beneméritos literatos de México.

Quiera Dios que esta receta sirva para curar en lo sucesivo males de igual naturaleza.

El enemigo de don Antonio.

México: abril 6 de 1825.
Imprenta de don Mariano Ontiveros

¡Viajero! detén tu marcha veloz
penetra en la vid, si anhelas beber,
si anhelas oír mi jónica voz
que canta placer.

La calma rural te brinda el vergel,
te brinda la vid su ardiente licor
y brinda el panal un sorbo de miel...
¡y yo brindo amor!

Mis labios manché con vino cordial,
y al beso, le doy placer y salud,
y late en mi sien la savia vernal
de la juventud.

Sobre el azahar, precioso de abril
la madre común el seno oprimió
como libación lozana, y gentil
su leche virtió.

Y brinda el vergel
la calma rural
y un sorbo de miel
ofrece el panal.

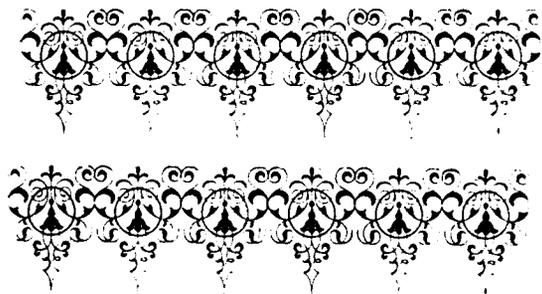
Yo quedo en mi vid un rústico dios
que al canto de Pan imita el vaivén
y tiene la paz del sátiro, y dos
pitones también.

¡Viajero, a tu amor el jugo dará
de mi uva carnal, mi rojo pezón
y el dios cantará ruidoso Evoé
como una ovación!

México, julio de 1907

De la entrada de Abderahman en Mérida, y nacimiento de Hixem

En tanto que esto pasaba el Rey Abderahman pasó pacíficamente a visitar la ciudad de Mérida, y fue recibido en ella con grandes demostraciones de alegría, y fue su entrada un día célebre de fiesta: paseó aquella gran ciudad a caballo entre las sinceras aclamaciones del pueblo, agradóle mucho toda la ciudad, y vio con admiración sus magníficos edificios del tiempo de los Emperadores de Roma. Detúvose en ella algún tiempo, y allí vinieron a ofrecerle su obediencia los de las ciudades de Lusitania, que es Algarbe de España. Luego recorrió la tierra y visitó las ciudades, y en todas partes manifestaban los pueblos su alegría de tener un tal Príncipe tan generoso y afable, y célebre ya por sus victorias. Había llegado en este tiempo el término del preñado de la Sultana Howara, africana de las tribus Berberiscas, a quien Abderahman amaba en extremo, y con noticia que tuvo de su indisposición se vino para Córdoba, en donde se hallaba su esposa: a pocos días a cuatro de la luna de Xawal de este año ciento treinta y nueve le nació su hijo Hixem, que tal nombre quiso que tuviese. Celebróse este feliz acaecimiento con mucha alegría, y el Rey Abderahman repartió copiosas limosnas, y dio comidas a pobres con mucha abundancia. Este año mandó Abderahman labrar la Rusafa, construyó y renovó la calzada antigua, y plantó allí una huerta muy amena: edificó en ella una torre que la descubría toda, y tenía maravillosas vistas, y en esta huerta plantó una palma que era entonces única, y de ella procedieron todas las que hay en España. **Cuéntase que desde la torre solía contemplar aquella palma el Rey Abderahman, la cual acrecentaba más que templaba su melancolía por los recuerdos y memorias de su patria, y en estas ocasiones hubo de hacer aquellos versos suyos de la palma, que andan en boca de todos.**

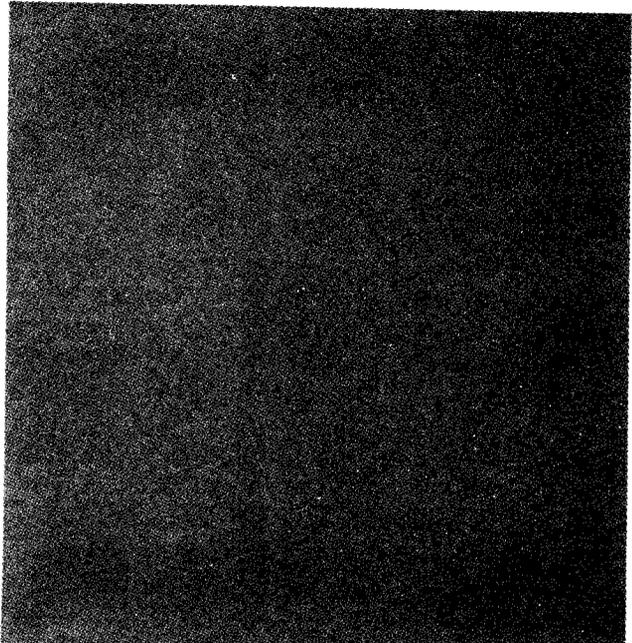


Tú también, insigne palma,
eres aquí forastera,
de Algarbe las dulces auras
tu pompa halagan y besan:
En fecundo suelo arraigas
y al cielo tu cima elevas,
tristes lágrimas lloraras
si cual yo sentir pudieras:
Tú no sientes contratiempos
como yo de suerte aviesa,
a mí de pena y dolor
continuas lluvias me anegan:
Con mis lágrimas regué
las palmas que el Forat riega;
pero las palmas y el río
se olvidaron de mis penas,
cuando mis infaustos hados
y de Alabas la fiereza
me forzaron a dejar
del alma las dulces prendas:
A ti de mi patria amada
ningún recuerdo te queda;
pero yo triste no puedo
dejar de llorar por ella.

En este tiempo deseando el Rey Abderahman honrar al caudillo Samail por cuanto había contribuido a la reducción de Jusuf el Fehri, y por ganar el corazón y la confianza de este Wali, y aprovechar sus conocimientos y experiencia, lo envió a las ciudades de España oriental para ordenar lo conveniente a su gobierno, y componer las desavenencias que se habían suscitado entre los caudillos de la frontera de Afranc. Samail partió para España oriental con Ola ben Gebir el Ocaili, su primo, a quien se confió el mando de algunas fortalezas de aquella frontera. En principio del año ciento y cuarenta llegó de vuelta de su viaje a Syria Moavia ben Salehi el Hadrami de Hemesa: era de los que habían seguido en Egipto y en Africa la suerte del Rey Abderahman, y pasó de su orden a Syria a persuadir a muchos parciales y afectos a los Beni Omeyas a venirse a España; y en esta ocasión vinieron muchos muy principales en su compañía, entre otros Habib ben Abdelmelic, y Abdelmelic ben Baxar ben Meruan, los diez hermanos Meruanes, y Ximro ben Nomeir, que era de los familiares de los Omeyas, y Abu Suleiman Foteis ben Suleiman ben Abdelmelic y otros muchos que vi-



vían en las Iracas, en Egipto y en Barca, vagando errantes y perseguidos en estas provincias por haber sido ilustres y favorecidos en tiempo de los Omeyas: ordinarios juegos de la inconstante fortuna. Alegrose mucho con la venida de éstos el Rey Abderahman, y dio a Moavia ben Salehi el cargo de Cadi de los Cadíes, o justicia mayor de las Aljamas de toda España: a Abdelmelic ben Omar ben Meruan el gobierno de Sevilla, y a Suleiman Foties el de Cabra, ciudad que llamaban Wasita¹ por la de la Iraca. Vinieron también algunos caballeros de Hemesa con intentos de venganza contra Abdala, hijo de Abdelmelic ben Meruan, que por leve ocasión había muerto a un su pariente llamado Abulsabahi el Yahsebi; pero informado luego Abderahman de esta enemistad y de las causas de ella, logró componer su desavenencia a satisfacción de ambas familias. Declaró Abderahman su voluntad de que la ciudad de Córdoba fuese la capital del imperio de los Muslimes en España, mandando construir en ella su alcázar sobre la orilla del río con hermosos jardines.



¹ Por estos gratos recuerdos de las ciudades de su patria solían llamar los Arabes á Sevilla Hemesa, y á Elbira la de Granada Damasco, y á Jaen Quinserina.

Tomado de: Historia de la dominación de los árabes en España. Antonio Conde.

Los gozos de Nuestra Señora

Marqués de Santillana

Con data del año 1958, la Real Academia Española publicó, a expensas de la Fundación Conde de Cartagena, una edición facsimil del Cancionero General recopilado por Hernando del Castillo, (Valencia, 1511). Enriquecía la publicación una introducción bibliográfica, índices y apéndices: completísimo estudio, debido al ilustre bibliógrafo Excmo. Sr. Don Antonio Rodríguez Moñino. De esta magna obra, entresacamos la joya poética que significa **Los gozos de Nuestra Señora hechos por el Marqués de Santillana**. Justo es dejar constancia del lugar a que recurrimos para el encuentro de esta composición. Justo, igualmente, expresar desde aquí nuestra acabada admiración por la obra bibliográfica del ilustre académico y, nada mejor, a nuestro entender, que dejar constancia de ello. No vamos a cubrir nuestras desnudeces con capa cogida de ropero ajeno. Si algo hay de bueno por nuestra parte, es el ilusionado empeño tipográfico.

ANGEL CAFFARENA



**Los gozos de nra
señora hechos por el marques
de santillana.**

**¶ Los gozos de nra
señora hechos por el marques
de santillana.**

**¶ Gozate gozosa madre
gozo dela humanidad
templo dela trinidad
elegida por dios padre
Virgen que por el oydo
concepisti
gaude virgo mater xpi
y nuestro gozo infinito**

**¶ gozate luz reuerida
segun el euangelista
por la madre del bautista
anunciando la venida
De nuestro gozo señora
que trayas
vaso de nuestro meras
gozate pulchra y decoza**

**¶ Gozate pues que pariste
dios y ombre por misterio
nuestro bien y refrigerio
inuiolata permansiste**

**Sin algun dolor ni pena
pues gozosa
gozate candida Rosa
señora de gracia plena**

**¶ Gozate que prestamente
de emaus sin mas tardar
le vinieron adozar
los tres principes de oriente
Oro y mirra le offrescieron
con encienso
pues gozate nuestro acenso
por los dones que le dieron**

**¶ Gozate de dios mansion
del cielo felice puerta
por aquella santa offerta
que al sacerdote symeon
Graciosamente y benigna
offresciste
gozate pues mereciste
ser dicha reyna diuina**

**¶ Gozate nuestra dulgos
por aquel gozo infinto
que te reuelo en egipto**

Y de tus dolores calma
saludable
gozo nuestro inestimable
gaude virgo mater alma

¶ Gozate vna y señera
bendita por election
por la su santa ascension
entre los santos primeros
Gozate por tal noueza
mater dei
principio de nuestra ley
gozate por tu grandeza

¶ Gozate virgen espanto
y cometa del infierno
gozate santa ab eterno
por aquel resplandor santo
De quien fuste consolada
y fauorida
gozate de aflitos vida
desde abinicio criada

¶ Gozate sacra patrona
por gracia de dios asumpta
no diuidida mas junta
fue la tu digna persona

el celeste embarador
Y la nueua deseada
dela paz
gozate batalla y az
de huestes bien ordenada

¶ Gozate flor delas flores
por el gozo que sentiste
quando al santo niño viste
entre los santos doctores
Y disputando enel templo
los vencia
gozate virgen maria
vna sola sin exemplo

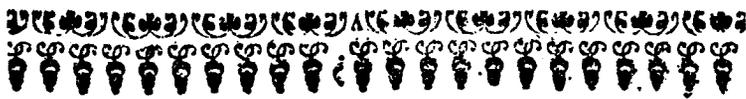
¶ Gozate nuestra claror
por aquel aucto diuino
que por tu ruego benigno
el tu hijo y hazedor
Dizo quando el agua en vino
conuirtio
y bartando consolo
la fiesta de archeticlino

¶ Gozate nuestra esperanza
fontana de saluacion
por la su resurreccion
reposito nuestro y bolgança

A los cielos y asentada
 ala diestra
 de dios padre reyna nuestra
 y destrellas coronada

¶ Labo

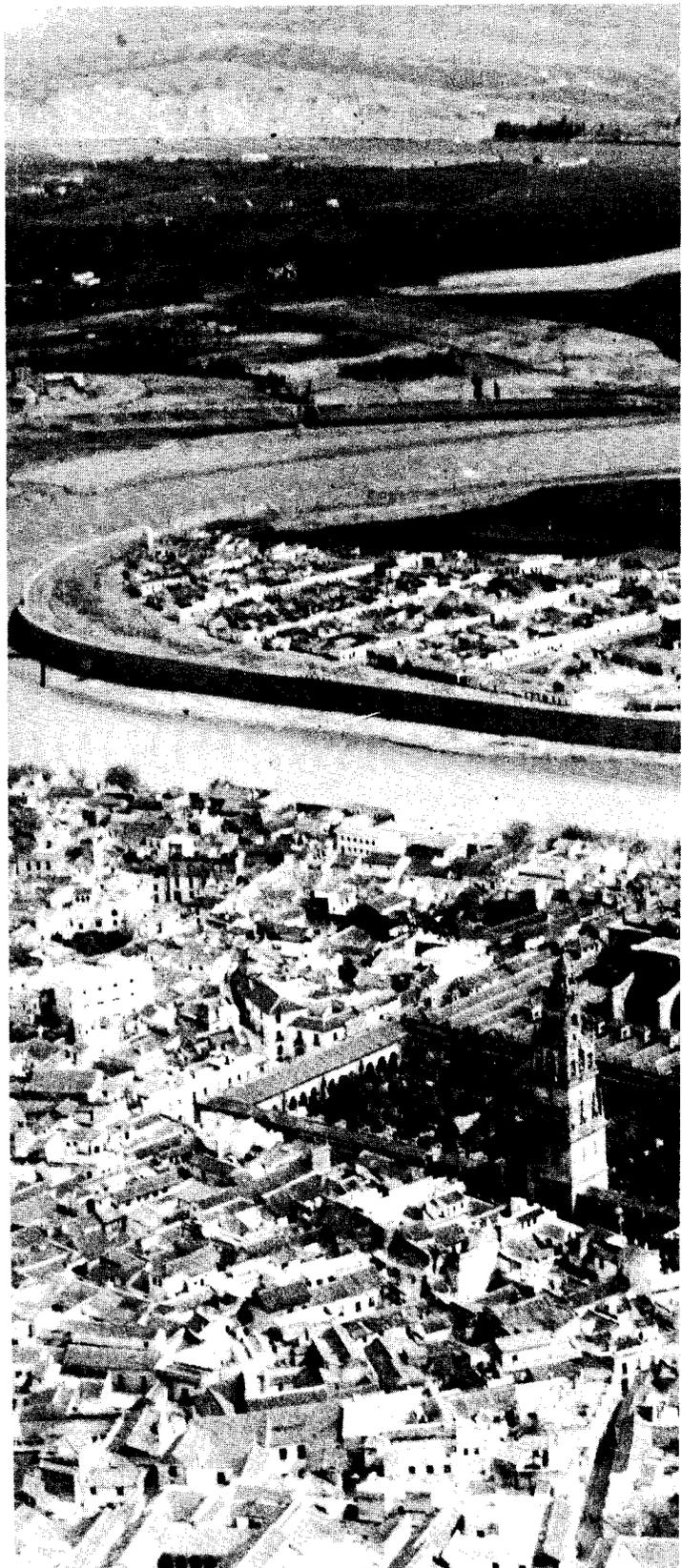
¶ Por los q̄les gozos doze
 donzella del sol vestida
 y por tu gloria infinita
 haz tu señor que goze
 Delos gozos y plazerres
 otorgados
 a los bien auenturados
 bendita entre las mugeres



Hace mil años Córdoba era el ombligo del mundo. Aventajaba a todas las demás ciudades de Europa en amplitud, riqueza y cultura; tenía doscientas mil casas, seiscientas mezquitas, ochenta escuelas, novecientos baños públicos; pasaba del millón de habitantes. Su mezquita principal, de diecisiete naves, era el ámbito sagrado más vasto y solemne del Islam, después de la Kaaba.

Ya como urbe romana Córdoba había producido hombres geniales: el poeta Lucano y el filósofo Séneca; durante el califato nacieron en la ciudad prócer el médico Averroes y el filósofo Maimónides, luminarias de la Edad Media. El nombre fenicio, que en origen significaba "villa rica" como el primitivo de nuestra Veracruz, se perpetúa en muchas poblaciones de tres continentes. La Córdoba veracruzana es fundación del virrey Diego Fernández de Córdoba; existen otras Córdobas mexicanas en Durango, Jalisco y Michoacán. Hay dos Córdobas en Colombia, una en Venezuela, una en Perú; la Córdoba argentina se ha vuelto la tercera ciudad de la República rioplatense. En los Estados Unidos pululan las Córdobas: desde Nuevo México hasta Illinois he contado nueve. En Canadá hay dos, una en Ontario, otra en Manitoba. Córdoba, en Cebú, es prez de la isla filipina de Mactán.

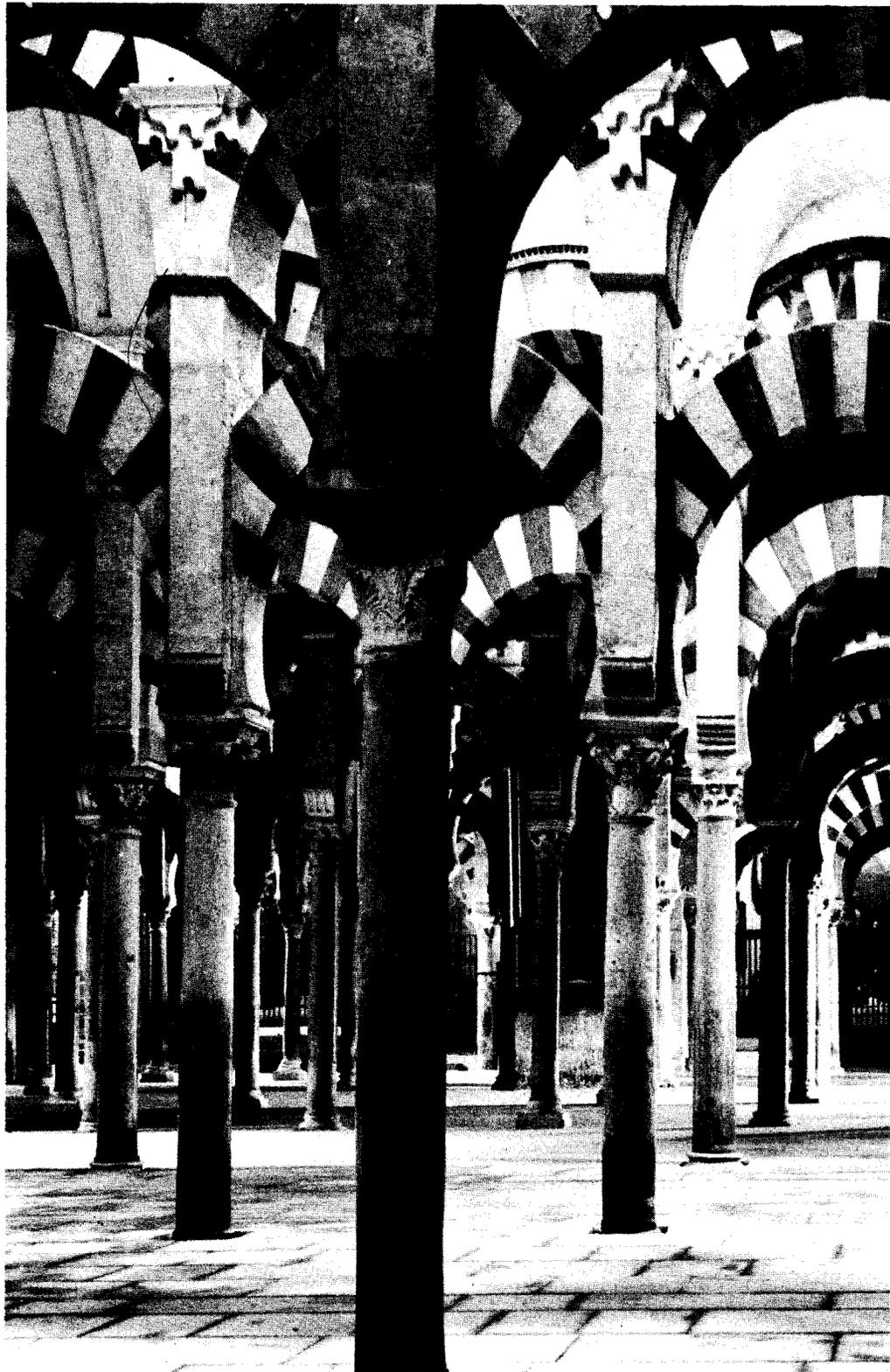
Hace años me sobrecogió el descubrimiento, en el mapa de Alaska, de Córdoba, el puerto más cercano al cabo San Elías. Escribí al alcalde Boy Goodman y poco a poco me enteré de la historia de la pequeña metrópoli hiperbórea que ostenta un nombre tan "nuestro". Goodman y los demás cordoveses (o cordovanos, como ellos se definen) ignoraban que Córdoba se originó en las expediciones de conquista que llevaron a cabo en el lejano norte España y Nueva España. El 16 de julio de 1741 es la fecha de descubrimiento de América desde el oeste; Vito Bering, navegante danés al servicio del zar de Rusia, entrevió en la bruma el monte San Elías, gigantesco pico volcánico visible desde el mar a 300 kilómetros de distancia; tiene una altura de 5,516 metros, poco menos que el pico de Orizaba. Las expediciones novohispanas, que salieron todas del puerto nayarita de San Blas entre 1774 y 1792 para ganarle a los rusos e ingleses la posesión de aquellas regiones boreales en el extremo de California, dejaron en la costa canadiense nombres muy nuestros: el estrecho Juan de Fuca, las islas Galiano, Valdés y Texada, la bahía Redonda.





españa

NORTE/23



españa

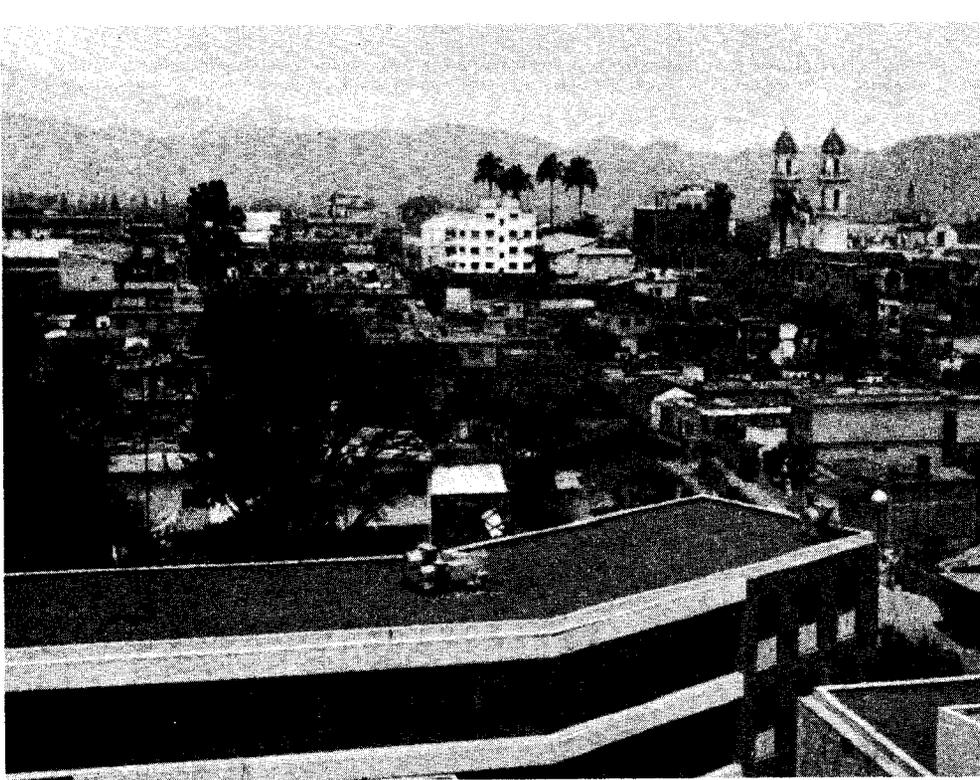
CORDOBA



El estrecho de Malaspina recuerda el navegante italiano al servicio de España, Alejandro Malaspina, quien en 1791 midió la altura del San Elías. Más al norte se encuentran los estrechos de Laredo y de Caamaño y la isla de Aristazábal; más al norte todavía, ya en Alaska, a una latitud de 61 grados, está la ciudad de Valdés (hoy Valdez), así llamada por Cayetano Valdés, jefe de la expedición compuesta por las goletas Mexicana y Sutil. El vecino puerto de Fidalgo inmortaliza al teniente de navío Salvador Fidalgo, comandante del paquebote San Carlos; un poco al sureste, el puerto Gravina es homenaje al siciliano duque de Gravina, capitán general de la Armada Española y futuro héroe de Trafalgar. Casi paralelo a la bahía Orca (también nombre castellano que recuerda el encuentro con uno de estos feroces cetáceos de los mares fríos) se encuentra el puerto de Córdoba.

Está por investigarse en los archivos de la Marina el día de la toma de posesión de Córdoba. Su nombre es una fabulosa reviviscencia, en el extremo norte de América, de la Córdoba del Guadalquivir, debida a hispanos y novohispanos. No es menos impresionante el nombre de la goleta de Valdés, llamada La Mexicana decenios antes de la independencia y de que se adoptara el nombre de México para la nueva nación.

A principios de este siglo, cuando se descubrió en el retrotierra una prodigiosa riqueza minera, Mike Heney, constructor del Ferrocarril Alaskano, escogió Córdoba como puerto ideal para la exportación del cobre. Córdoba se volvió el más conspicuo canal del mundo por el cual pasaba el rojo metal; esto duró hasta el agotamiento de las minas. En 1939 se oyó en el puerto el último silbido de la locomotora. Los cordovanos tuvieron que dedicarse a una nueva actividad: la pesca. Se multiplicaron las empacadoras de salmón y de cangrejo; hoy en día Córdoba es una ciudad moderna, ansiosa de progreso, una meca de los que buscan su futuro en el norte. Desde hace poco sucede a Alaska una nueva fiebre del oro, mil veces más fuerte que la del 1892. Esta vez se debe al descubrimiento del oro negro. Sus ríos alcanzarán al Atlántico en superpetroleras rompehielos, que se abrirán camino a través de un dédalo de islas polares: esto es, vencerán rutinariamente el fabuloso pasaje del noroeste.



méxico

argenti



Las autoridades de Córdoba, Alaska, aceptaron mi proposición de establecer una relación de hermandad con Córdoba, Veracruz. Ignoraban las raíces mexicanas de su ciudad: en el museo que planeé para los cordovanos habrá piezas arqueológicas totonacas, bordados de Amatlán de los Reyes, muestras de café y de ron cordobés; en tanto que el museo de nuestra Córdoba se enriquecerá con muestras de antiguas piezas de cobre de los indígenas alaskanos, cabezas de alce y de oso pardo, muestras de los exquisitos cangrejos enlatados. Desde luego, habrá intercambio de fotomurales, hábilmente iluminados.

Ahora me encuentro en el despacho de don Antonio Guzmán Reina, alcalde de la Ciudad Madre, y le hablo de la Córdoba veracruzana y de la de Alaska. Don Antonio —por su aspecto, este dinámico andaluz no se distingue de un mexicano— conoce el desarrollo económico de nuestra Córdoba: sabe que es la “ciudad de los treinta caballeros” y alaba a su café. Tampoco ignora la importancia de Córdoba, Alaska, como gran puerto pesquero. Pero en tanto que yo creía que las Córdobas son unas veinte, él me revela que son treinta y seis. Ultimamente se ha encontrado en Córcega una Córdoba, hija púnica o acaso fenicia de la Córdoba prerromana.

—¿Por qué —le sugiero— no se establece una hermandad entre todas las Córdobas? ¿Por qué no se hace aquí un museo de las Córdobas de tres continentes, con intercambio de fotomurales y objetos auténticos de arte y artesanías?

Don Antonio Guzmán Reina se entusiasma por la idea. El museo de las treinta y seis hijas de Córdoba suscitará un vivo interés entre los visitantes de la ciudad de Séneca y Maimónides.

Le hablo de mis raíces andaluzas y le confío que después de mis hermanos soy el último de los Abentibones. El alcalde se da cuenta del amor que suscita en mí la selva marmórea de la Mezquita, el puente del Guadalquivir, la torre de Calahorra, toda la urbe antigua y moderna. Es hombre de decisiones rápidas y en el acto me nombra embajador de Córdoba. Seré el lazo de unión entre su ciudad y las poblaciones tocayas.

Las Córdobas de América y la de Filipinas recibirán restos arqueológicos auténticos romanos y moriscos para sus museos; se establecerá el intercambio que yo había preconizado entre la Córdoba veracruzana y la

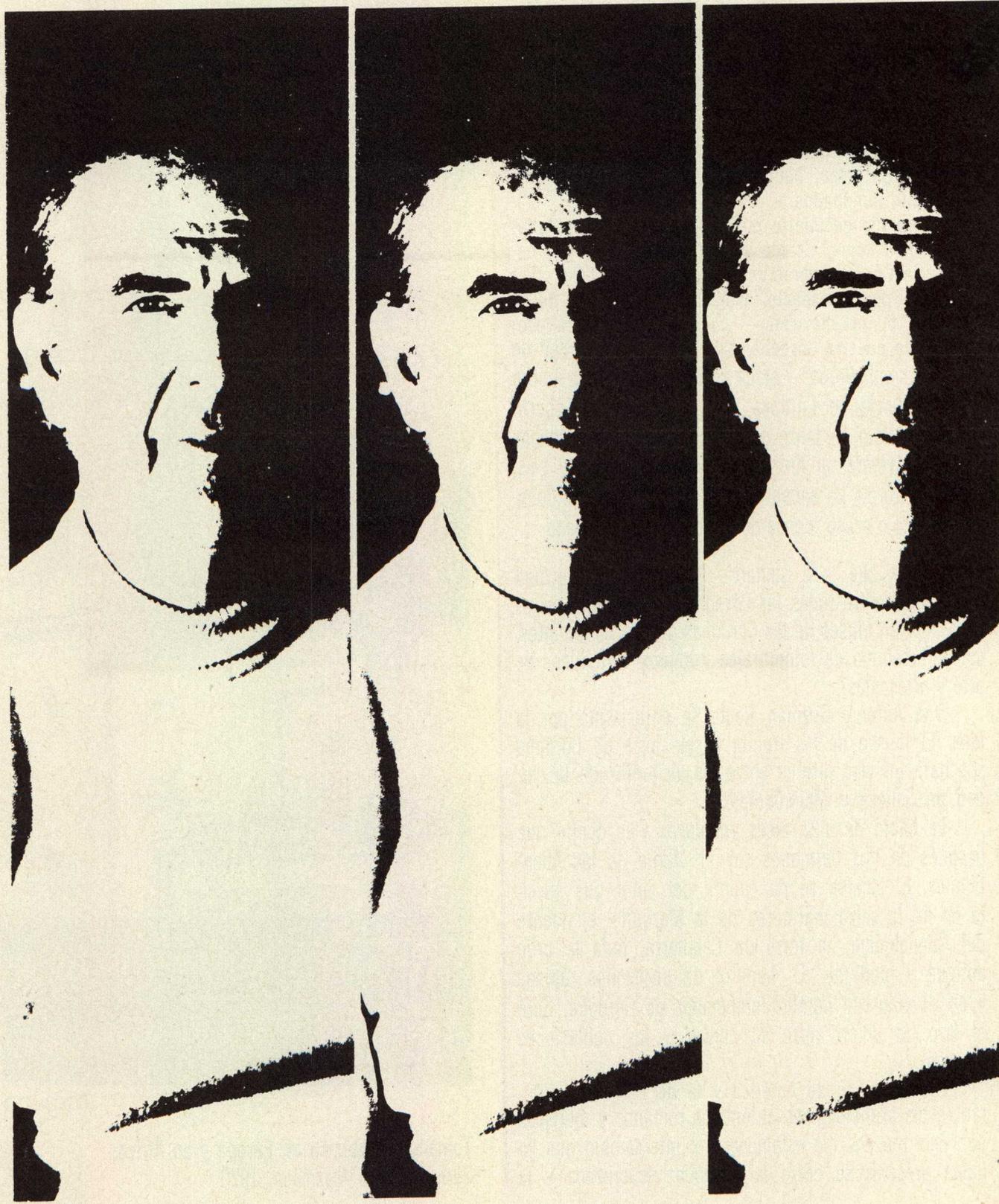
alaskana; sólo que los cordobeses o cordobanes de ultramar ahora conocerán mejor la ciudad madre y sus varones destacados: Séneca, Averroes, Maimónides, Góngora; y, ¿por qué no? Manolete.



méxico

Tomado de: **México en Europa y en Africa.**
Serie: Cultura Mexicana, 1970.

artes plásticas



Fernando Casas y los duendes

Fernando Casas y los duendes

Fernando Casas y los duendes

* * * R-E. Montes i Bradley

* * * * *
* * * * *

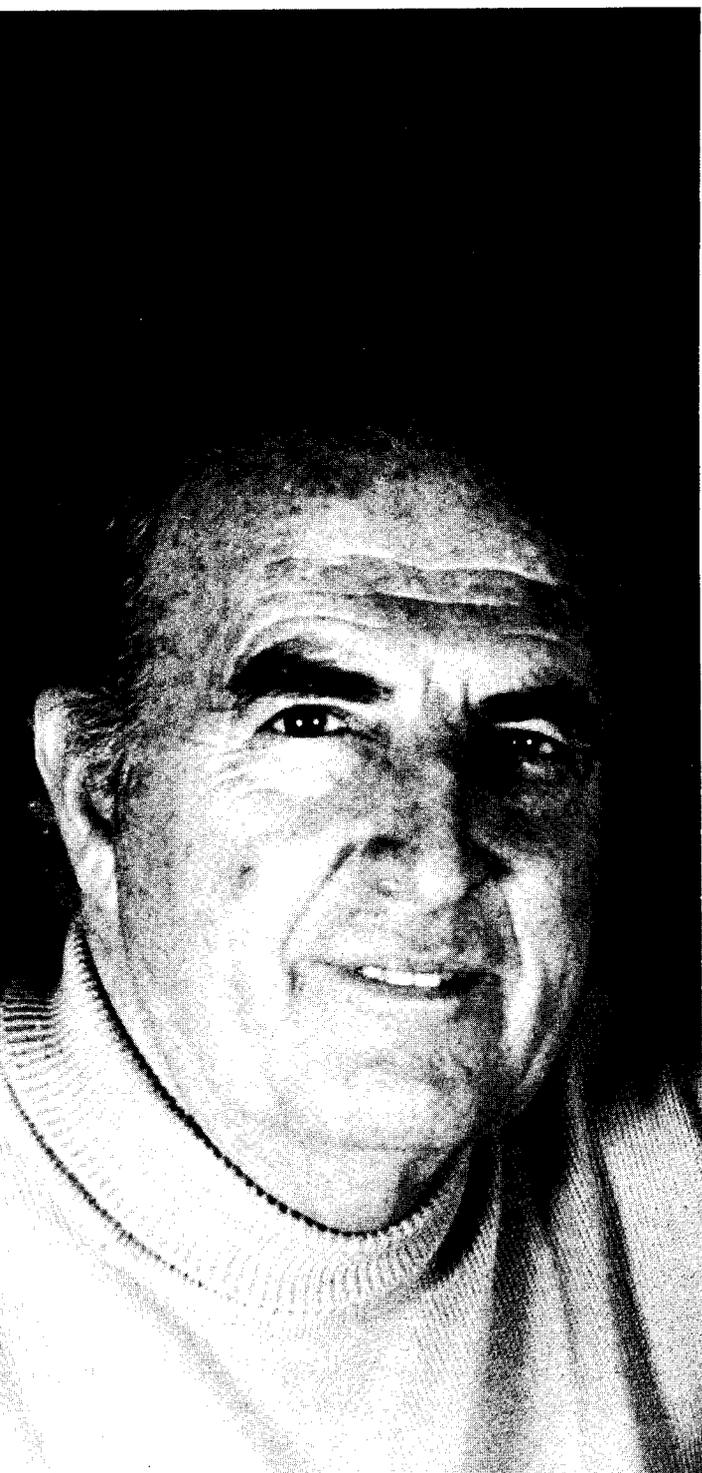
Si a Ramón Gómez de la Serna se le hubiera pedido —como a mí— esta presentación del virtuoso acuarelista Fernando Casas, habría intitulado el pergeño, sin duda erudito y rútilo, con sólo tres palabras entre admirativos: ¡Cuidado, aquí espantan!

* * * * *

En verdad, Casas, que lleva pintando al agua desde los veinte —cuando comenzó junto al maestro Baixas— si en verdad superaba un año con otro el conocimiento de la técnica, propio del maestro, se mantenía perplejo respecto a la temática —el género para los plásticos— preferible para complacer al alma que al acentuarse el magisterio, menos se satisface con dinero y halagos que con reputación y respeto.

En esa encrucijada temible que el camino de la sinrazón —que es el de los otros— al cruzarse con el de la razón —que es el de uno— se produce eventualmente, meditaba el buen catalán gustador de ambrosías, en torno a las tentaciones que despiertan cada uno de los géneros artísticos.

Gustábale desde luego el paisaje: hallaba en las poblaciones centros suasorios de interés, en las campiñas a ellas aledañas, motivos para regocijo de pupilas inquietas, escenas que cautivarían cuando no a un Trouyon, a Virgilio mismo; encontraba que los litorales se tendían en horizontes de auroras y ocasos propicios a los éxtasis más morosos, y que la montaña lo conmovía hasta la conturbación con sus mil y una sorpresas colorísticas salidas al encuentro de su azoramiento inverosímil. Mas también seducíale la figura que si femenina y desnuda, lo entretenía con la procela de su nácar epidérmico, la fuga de sus líneas, el escorzo de sus volúmenes, la distensión que sigue a la tensión y en ocasiones duran nada más que el instante suficiente para que Ingres tome el apunte certero y capital para el cuadro que deberá gustar inexorablemente, cuerpo al fin, que, cuando vestido, gana la gracia o la elegancia de la figura estilizada merced a las telas varias cuanto ricas con que la mujer, si es hermosa y fina, se distingue, realza su personalidad. Ignoro si la volubilidad de aquel Casas, su entusiasmo versátil, circunstancial por lo vivo, paró mientes asimismo en las entidades muertas de su derredor —tan maravillosas cuan ineluctablemente sin vida— o en los objetos cromáticos de las manufacturas suntuarias, casi siempre bellos cuando no bellísimos, capaces de despertar entusiasmos en espíritus cual el suyo.



Indeciso, mariposeaba ora conformando la afición, ora dilapidando el juicio a los cuales dos entregaba, con la variación de su ánimo, el enajenamiento entusiasta que no siempre fructifica en obras dignas del arrobo y sólo a veces de la catatimia indispensable a toda contemplación estética.

Empero, Casas no coincidía con su ¿ángel?, con su ¿musa?, con su ¿diablo?, con su ¿fantasma?, con la mitad en blanco de los seres humanos que nunca se consuman pues siempre están en fárfara. Y como carecía del liceo acogedor con sus peripatéticos Teofrasto, Eudemo, Estraton, si no es que con el estagirita por antonomasia, quemábase en el soliloquio inconvincente que, como todo español orgulloso de serlo —si catalán, aún más— lo llevaría a la propicia meditación del café.

Nadie olvide que el tránsito de su alma se hallaba suspendido en la encrucijada a la que me referí. Recuerde también, que los cafés de Madrid o Barcelona, los de París, Viena o Milán, los de Lisboa o de San Pablo, Caracas, Santiago, Buenos Aires, Sevilla, Lima, México, El Cairo u Hong Kong si son refugios de traumatizados entristecidos y flemáticos o de felices charlistas y dicharacheros, ofrecen también, a manera de aparadores invertidos hacia la calle cosmopolita que no conoce sino la vigilia y con ella el ensueño, un fascinante caleidoscopio con ritmo incapaz de someterse a la severidad del metrónomo encaprichado en medir el tiempo y marcar el compás.

Quien induzca por lo que se lleve escrito, que so pretexto de emitir un juicio de valor respecto a Casas, se escribe a solapo su demérito, afirmo que confunde un galgo con un podenco. Y como no ha de creerme, con pruebas al canto voy hacia él.

*

Hace años, no recuerdo si en la Salamanca de los tiempos de su oficial y preclaro magisterio y rectoría confluente, aunque tengo para mí que lo fue en Hendaya, donde purgó con injusto extrañamiento su viril delito de pensar en voz alta a propósito de los advenedizos gobernantes castrenses, hace años, repito, don Miguel de Unamuno, egregio y triste se encontraba en un café de los que prefería para su tertulia o su soliloquio según fueron los vaivenes propios de su ciclotimia.

Tras los cristales de su miopía —ocular, se entiende— reflexionaba a propósito del arbitrio suficiente

a calmarle la desazón que, por alguna causa o sin causa alguna, le conturbaba. Y sin advertirlo, mientras con sus lentes miraba sin ver tras los ventanales del café el hormigueo callejero, alternando su enfoque hacia las mesas y los parroquianos de su derredor, con la cuadrada servilleta de papel, en la mano, comenzó a jugar displicentemente.

La anécdota merece la detenida y deleitosa narración condigna de su importancia. Sin embargo, ello es imposible, ahora y aquí. No lo es, en cambio, precisar que don Miguel, de regreso del café, ya en su aposento veló lucubrando a propósito de la papiroflexia, lo que el tiempo en su ocurrencia, convirtiera en las primeras nociones cocotológicas conocidas, y su extenso tratado aún inédito —si no es que perdido— que prometiéranos y alcanzó a esbozar en unas notas recogidas y homologadas a la hora de su óbito. Y la cocotología no es ni más ni menos que sólo el nombre, aunque híbrido —cocoto-logía— de la disciplina que sienta las normas, para obtener primero el producto del ocio y el juego de su inventor, y luego la preocupación científica que le llevó a la escritura de las fórmulas matemáticas generatrices de sus pajaritas o papirolas. Hallazgos y leyes que no vienen a cuento.

Puesto que lo incontrastablemente importante y cierto es que Casas, como Unamuno, un día cualquiera se halló, en un café ante un crucial muy difícil, el ánimo alicaído y el espíritu propenso al ensimismamiento y, si acaso, a la elucidación del asunto que le preocupara. ¡Vaya a saberse cuál fuera!

Del caletre del bilbaíno aparecieron los animalitos implumes aunque papiornitológicos, por millares, al igual que por incubación se dan las ornitológicas avechitas de carne y hueso, pajaritas las cuyas cuyo secreto de reproducción difundió con inoculto embeleso no obstante su formulismo un tanto abstruso. Merced al discurrir del barcelonés, diferentemente, aparecieron duendes, ajenos a leyes matemáticas euclidianas, como se trataba de seres metafísicos o en el mejor de los supuestos, medioseres naturales o cuasi —que da lo mismo. Por lo que ambos españoles fueron en sus cafés, genitores diurno y nocturno, respectivamente, aquél de sus volátiles, de sus duendes éste, ya que probado está por la duendología incontrovertiblemente que la luz torna inocuos a los duendes, quema sus potestades a los encantadores.

No juzgo "oportuno" ni conveniente en esta ocasión argüir con lo escrito por Ramón con autorizada palabra de maestro —quien próbidamente recuerda a Nervo, destacando la suya— a propósito de fantasmas, descontado que además sobre ellos son doctos Luis Zapata de Chaves —señor de Cerel—, Mark Twain, Lafcadio Hearn, Enrique Campos Menéndez, Yuan Mei, Henry Charles Lea, Montague Summers, Ki Yun, Margaret Alice Murray, Geoffrey Parrinder, Edgar Allan Poe, Lang Yi, Eugenio Torralba y tantos, tantísimos más. Tampoco, recordar el conocimiento de Rafael Alberti, o el de Leo Heine-mann respecto a ángeles; ni el del malhadado malandrín Torquemada con referencia a brujas y demonios, en que se creyese sabio sin competidor porque no conocía a Aldoux Huxley, a Nerio Rojas, a Jan Potocki, a Julio Caro Baroja, a Enrique Díez-Canedo, a Marion L. Stacey, a Arthur Miller, Osvaldo Pegaso, Reginald Scot y otros. Mas en punto a duendes, sí, ningún cicerone superará la competencia de Fray Benito Jerónimo Feijoo y, en los tiempos contemporáneos de Federico García Lorca, quien legara valiosas premisas y descubrió un mundo estupendo, al preceptuar a propósito del duende y de los duendes y generalizar, con el mejor derecho, el que le asiste a cada persona para compartirse con su propio duende y hasta... levitarse con él, ya en niveles oníricos —en que don Francisco de Quevedo, Sigmund Freud, Jorge Sergio, René Dubos y doscientos más, rebasaron la idoneidad— o en falsas partidas de destacada vigilia o de forzosa vigilancia.

*

Resta agregar que la servilleta experimental de Fernando Casas, por no someterse a pliegues y repliegues según matemáticas —como lo estableció Unamuno— es una servilleta no euclidiana que cuaja personajes caracterizados por su espíritu travieso (el inmortal vasco me perdone), según el estado de ánimo, la preocupación, el traumatismo del figurero que, indefectiblemente, para serlo debe contar él mismo con su señor duende. Es decir, que la travesura anjma la fuerza motora del duende, que la psicología nomina el envés de la personalidad, equivalente a pensar, con sentido figurado, en la espalda de la persona que tanto estimula al duende como descaece el antiduende cuyo atributo es la pusilanimidad. En este supuesto, el ser atribulado que carece de él, que ha menguado su fuerza, entereza o prestigio, puede, repentinamente, reintegrar la unidad con su duende, quien invisible se desliza y

deja en el entelerido solitario, no una endecha, sino unos alejandrinos como aquellos de Los caballos de los conquistadores de José Santos Chocano, embraveciendo el desmedrado espíritu de un pobre diablo.

Por todo esto dice bien García Lorca que "el duende es un poder y no un obrar", que "el duende viene de fuera" aunque paradójicamente "hay que despertarlo en las últimas habitaciones de la sangre", confirmando su teoría un tanto ambivalente, al afirmar que "la verdadera lucha es con el duende". Claro, clarísimo: nadie carece de posibilidades, de potencial duende, pero el duende es autónomo y sabe y quiere hacer lo que le da la gana, con mayor empeño si el afligido no se aflige —valga la paradoja— y no lo llama, lo insta, lo concita y lo acoge y lo arropa y lo embarra en su ser como gustoso por saberse avalado con su prestancia de matador: porque el duende no escribe comedia sino drama; con él se sufre ¡vaya no, si a veces se le ha esperado tanto en vano y otras no llega nunca!, porque el antiduende, con su consustancial ardicia, posesionado de la persona, le obstaculiza el paso con terca pugnacidad.

*

En fin, lo seguro, segurísimo, es que cuando a Casas él le puso... ¿pero quién es él? —percibo que alguien interroga— sí, él es su duende; el suyo personal, quien desde atrás, en aquella tarde del café de marras, comenzó a ministrarle una, dos, tres, diez, veinte... muchas servilletitas de papel por todos conocidas, presentándose entonces, sucesivamente, en la mesa del pintor los duendes de El Caballero Errante, de El Príncipe Azul, de El Caballero de la Rosa, de Don Rodrigo, de El Fastidioso, de Ofelia, de Don Quijote, de El Desconocido, de El Juglarón que a León Felipe impeliera a estrenarlo; todos estos entre los más conocidos que Casas se ha empeñado en acompañar con otros no menos bellos, tal cual véis. Helos aquí: El Sigiloso, El Lunático, El Rojo, El Hechizado, El Alegre —éste sí que tiene gracia con su hilarante placer—, El Auroral —a quien todavía, en noches turbulentas, hay necesidad de empujarlo entre las clarinadas del gallicino, pues se resiste a desempeñar su papel deregonero del día— El Patinador que, si El Levítico se alza, él raudo como la luz, se desliza, El Aureo cuyos destellos le delatan egoísta y presuntuoso, Capricornio, El Nostálgico, aligero con su carga de melancolía y, para no rematar la presentación con los callejeros,

los de Fokine, Nijinsky, de Guignol y Pandora, de Diaghilev, de Lifar, de Karsavina y de Petrouchka... y de Balanchine y hasta el de Rameau que enseñara la danza a los pajes de la corte española del XVIII, cuando Felipe V, reincidente, se desposó con Isabel Farnese; y atended, que bien vale, uno más entre azorado y friático, modesto sin par, forastero procedente de la Galaxia púrpura ¡que vaya a saberse dónde está situada! Amén —valga el exorcismo— de El Presuroso, El Huidizo, La Dama Duende, El Demorado, El Eufórico, y otro Demasiado Humano que mucho me temo sea el del propio pintor.

¡Cuidado que espantan! Como que sus desleídas presencias proceden de la imaginación enfermiza o calenturienta con que todo buen padre desvelado espera entre descaecimiento y temor, mientras castiga baldosas, a que la comadrona al fin, abriendo una puerta, le avise: "Póngase contento señor, que la señora su esposa ya alumbró una hermosa criatura y las dos se hallan muy bien" —como se decía en ¿qué edad? ¡Por favor! no me comprometáis!... ¡Ah sí, aquella en que los niños venían de París, pero... sin duende!

*

Ya escribí antes: Casas es maestro, sí, maestro acuarelista de los mejores. Lógicamente también duendólogo, que quiere decir: conocedor de travesuras, desvelado y sagaz él mismo, capaz de ensabonar a la familia y ponerla a modelar duendes como accionan sus muñecos los titireros. Pero no lo creáis, estos duendes por nepóticos serían apócrifos, alborotados y además... ¿quién les enseñaría la imparcialidad en la apreciación de los atributos y el reconocimiento de cada ser? Seguramente que él no, pues en el secreto reside la eficacia de la punta de su pincel cargada de color diluído en H²O —picardía demasiado humana— con que se generan los mejores duendes de México y sus alrededores.

¿Qué implica esto de malo? Acaso no pululan por ahí genealogistas advenedizos que por cien doblones o... un maravedí confeccionan pergaminos y escudos a quienes, fascinados por ellos y tontos de capirote se enflautan creyendo provenir de un solar rico en hazañas y folios. En confidencia, os diré, que duende y genio —no geniecillo que es gnomo, enano, de los que hay que cuidarse porque como que ponen las mofetas en las minas, también han de ser quienes producen el smog que igualmente nos mata en las superficies ur-

banas— significan una sola y misma entidad que, ahora sí, gracias al duende, sabiendo cuál de los caminos cruzados le llevará al ansiado país de la belleza total, Casas ha trocado su transitorio abatimiento de aquella tarde gris de llovizna y languidez, por la mayor confianza que el hombre conoce: la confianza en sí mismo, porque él, el primero, ya encontró su duende y no lo dejará de su lado.

Oriundo de Barcelona - Discípulo del maestro Baixas - Radica en México desde 1928 - Expone por primera vez en México - En 1950 concurre al Salón de la Acuarela al ingresar a la Sociedad Mexicana de Acuarelistas - En 1954 constituye con algunos colegas, el Círculo de Acuarelistas de México, al que pertenece - Con estos auspicios exhibe en más de treinta exposiciones colectivas - Fuera de México, ha expuesto desde 1965 hasta el presente, en varias ciudades de Canadá, E.E.U.U. allende el Bravo y España.







49





LA CAVERNA
DEL BUXU

Magín Berenguer

La tierra de Cangas de Onís tiene resonancias especiales para los asturianos y creo que debiera tenerlas para todos los españoles. Allí batieron lodo y sangre, asombros y glorias, fe y esperanzas, un grupo de astures empeñados en que España siguiera siéndolo. Aún no había pasado el primer cuarto del siglo VIII, cuando Covadonga se había convertido en madre de España; de una España renacida, nacionalizada. Aquel siglo VIII nos había entrado a la vida con los negros cendales de un reino en decadencia, abrumado por una carga de vicios que le ahogaba, dejándole inerte ante la espectacular acometida musulmana, fraguada por un ejército radiante y pintoresco; caliente por los soles de Oriente y por la cordialidad de una fe aún tierna, en el profeta.

Por eso Cangas de Onís fue Corte y es ciudad. Porque "esto" quedaba muy lejos de los "teje maneje" artesanos y no le había atacado la bronquitis espiritual, para la que no hay, ni ahora ni entonces, antibióticos. Aquí —simbiosis de valle y montaña, de bosque y prado, de apretones de roca estrujados hacia el cielo y aguas embutidas en el tajo profundo— la vida era dura y el cuenco de difícil acceso. Por eso los godos nos dejaron en paz; no había más que rudos, agresivos, e incivilizados montañeses. ¡Enorme reserva de fuerzas no malgastadas; de Fe viva, no desvirtuada por sofismas y componendas acomodaticias; eso es lo que aquí había.

Por ello, aunque el territorio de Cangas no sea de la Asturias central, parece que Asturias allí es más Asturias; la montaña más montaña; las nieves más blancas y los ríos más transparentes. Todo es más primitivo, más virgen, más original; como si después de una caliginosa tarde de verano, la lluvia cayera breve y densa, dejándose una naturaleza refrescada y limpia.

De Cangas de Onís va la carretera hacia Onís, Cabrales y las dos Peñamelleras: la Alta y la Baja. La carretera va, al principio, emparejada con el río Güeña, nombre que, no sé por qué, suena blando y dulce; con la dulzura blanda de unos ojos de bovino.

El Güeña nace allá, en la Robellada, y corre presuroso a enlazar con el Sella.

La carretera tiene una bifurcación que va a Covadonga. Pero antes de topar con la Historia, habremos de hacerlo con la Prehistoria. Por ello, como precedente a esa bifurcación covadonguina, nos tropezamos, sólo a 4 kms de Cangas, con otra que parte del "molín de Teleñes"; el molino y venta de Teleñes. Ella, la carretera,

cruza al Güeña y va al pueblo de Cardes y allí se queda dormida. Pero de Cardes hay un sendero que lleva a la caverna del Buxu.

Hace años, allá por el 56, cuando yo estuve estudiando el arte de la caverna del Buxu, el río se cruzaba por medio de una dislocada colección de piedras, alguna de las cuales "nafragaba" a la menor alteración del cauce y, entonces, había que mojarse. Pero ya se hablaba de la construcción del puente y de la carretera.

Cardes aún tiene hórreos y casas de piedra con "solana". Aún huele, en las mañanas frescas, a horno de leña; aún hay esos panes rotundos y generosos llenos de harina que rezuma por la corteza tostada y áspera. Aún se usa el "tayelu" para ordeñar y el carro de "esquirpia" en el trajín de la quintana. Y hay a veces un sol que rebota en planos imprevistos de esquinales de piedra, dejando pasmos de sorpresa, y, a veces, una niebla baja y tundida propicia a los mitos.

Hoy se queda allí la furia mecánica del automóvil y, a paso de sendero, vamos hacia la caverna del Buxu.

Junto a nosotros va, también, un arroyuelo que llaman Entrepeñas. A veces se encajona más insistentemente y el sendero faldea la garganta, apartándose del cauce. Hay también castaños que dan sombra y que en su época se cargan con las púas erizadas del fruto.

Por fin, al fondo y en sombra, aparece la mancha gris azulada de una enorme peña caliza cuya superficie se arruga y cuarteja como la piel de un elefante. En su base aparece el ingreso a la cueva del Buxu.

¿Buxu es buho?, no parece probable porque tal como se conoce por allí el nombre de esta ave nocturna, difiere totalmente de aquella forma. En cambio sí hay "brujo" de brujo, que en bable más puro es "bruxu", y de éste sí que puede haber quedado en Buxu. Así pues, sería la "cueva del Brujo"; con lo cual el pueblo habría vinculado, en uso de su aguda imaginación, los misterios entrañables de estas galerías subterráneas, de fondo oscuro e inquietante, con lo que no es natural, inventándose este brujo; o bien algún errabundo misántropo buscó refugio en la cueva, dando pábulo para que así se la designase.

Hace poco más de cincuenta años, descubrieron el valor científico de la caverna el Conde de la Vega del Sella y el profesor Hugo Obermaier y juntos suscribieron una publicación, en 1918, bajo el título de "La cueva del Buxu". No obstante, fue el prospector del conde,

señor Cardín —que aún lleva gallasperamente, unidades muy rebasadas de la novena decena de abril, al pie del Cueto de Liedías— quien dio la voz de triunfo y vio por primera vez en este siglo las muestras de los artistas del Buxu.

La cueva del Buxu es de pequeñas proporciones toda ella; íntima, como una agenda de bolsillo. Además, se quedó seca de un solo golpe, sin concesiones. Por eso casi no hubo rezumantes estalactitas y sus covachas y bóvedas son, en su mayor parte, lisas. Pero si bien es de pequeñas proporciones e íntima, es, al propio tiempo, laberíntica; también como una agenda de bolsillo. Se esparce en pequeñas ramificaciones; galerías bajas, o túneles, o salas, brotan apendicularmente tratando de distraer del camino que interesa. Hoy éste se halla perfectamente definido porque el alumbrado eléctrico se encarga de señalar dónde está lo que “interesa”; alumbrado que, como en la mayoría de las cavernas asturianas, realizó y mantiene la Excelentísima Diputación.

Siguiendo la tónica general de las representaciones prehistóricas, las del Buxu también se formulan en las partes recónditas de la caverna, lo que incide en la idea de que su contenido no era de carácter decorativo sino simbólico-mágico, notablemente acusado este aspecto porque, alternando con las formas naturalistas animales, hay otras, muy prodigadas, de tipo abstracto, sobre las que, más adelante, haré algún comentario.

Hasta los setenta y tantos metros del ingreso no comienzan las representaciones y lo hacen con el grabado de un fragmento de caballo, señalado en el plano con el número 1. Enfrente de esta figura —donde la piedra se conforma en una especie de arco, que conserva las irregularidades naturales y se lame en la arista interior para dar paso a la bóveda de la galería que continúa— hay dos cérvidos pintados en negro, bastante desvanecidos y difíciles de ver (números 2 y 3 en el plano). Miden unos 30 y 15 centímetros de largo, respectivamente.

A la izquierda, ya en el macizo de la pared lateral, hay una cierva pintada en negro (núm. 4) y a la derecha de ésta, otra cierva grabada y pintada (número 5).

El paso que se inicia con el arco anteriormente descrito, tiene una longitud aproximada de unos siete metros y, hacia su final, abre a la derecha una galería muy baja. Hemos de continuar por la izquierda para desembocar en una continuación de más altura y en el parietal

derecho —cuya prolongación forma el hemicíclo de una hondonada o pozo— hay un nuevo grupo de figuras; el señalado con el número 6. Consiste en unas rayas imprecisas, que quizá puedan corresponder a los restos de una figura de animal. El número 7 es una serie de líneas grabadas sin definir forma. En la parte alta se puede distinguir un tectiforme grabado con incisión rotunda y fuerte, aunque se encuentra un tanto desvanecida. Bajo él hay otro, mejor conservado, en un rayado fino y, un poco más bajo, hay otro conjunto de rayas de difícil interpretación.

En el número 8 del plano, formando ya parte de la pared del pozo, hay otro tectiforme muy definido, que configura una especie de rectángulo cruzado por un rayado interior “soltando”, los límites de dicho rectángulo, unas rayas al exterior en forma de flecos y, en el ángulo superior derecho, otro grupo de rayas en forma que recuerdan el cuello y cabeza de un caballo, sin que quiera decir que sea esto precisamente.

Retrocediendo ligeramente y en el parietal de la izquierda (núm. 9), se definen, en grabado, dos caballos que miden de largo alrededor de medio metro.

Sorteando el pozo y continuando en dirección O., y otra vez en la pared de la derecha (núm. 10) hay, en pintura negra, la cornamenta de un ciervo, y, bajo ella, otro tectiforme grabado, pasando parte de la pintura negra de la cornamenta sobre dicho tectiforme, lo que pudiera ser indicativo de que los tectiformes han sido realizados con prioridad a las pinturas hechas en negro y de tema naturalista. En este grupo se distinguen otra serie de estas formas abstractas, pero entre ellas está, también, el grabado de una cabra. Abajo, cerca del suelo, hay, en pintura roja, una figura imprecisa que se asemeja a la letra E.

Al lado (núm. 11), existen una serie de pinturas y grabados, entre los que se perfilan, con bastante claridad, la cabeza, cuello y comienzo de las patas delanteras de una cabra realizada en pintura negra.

Volviendo a la pared de la izquierda, casi enfrente del número 10, hay otro tectiforme grabado, muy desvanecido, que se señala en el plano con el número 12. Siguiendo por la pared de la izquierda, en el número 13 del plano, hallamos la figura de un caballo grabado con incisión profunda, pero bastante incompleta. Casi enfrente de esta figura se encuentra una covachuela de muy bajo techo a cuya entrada, en la pared de la iz-

quierda, hay otros grupos de figuras; los más bellamente expresados de toda la caverna y en alguno de los cuales se alcanza una perfección paralela a las mejores muestras de otras cavernas de la región cantábrica.

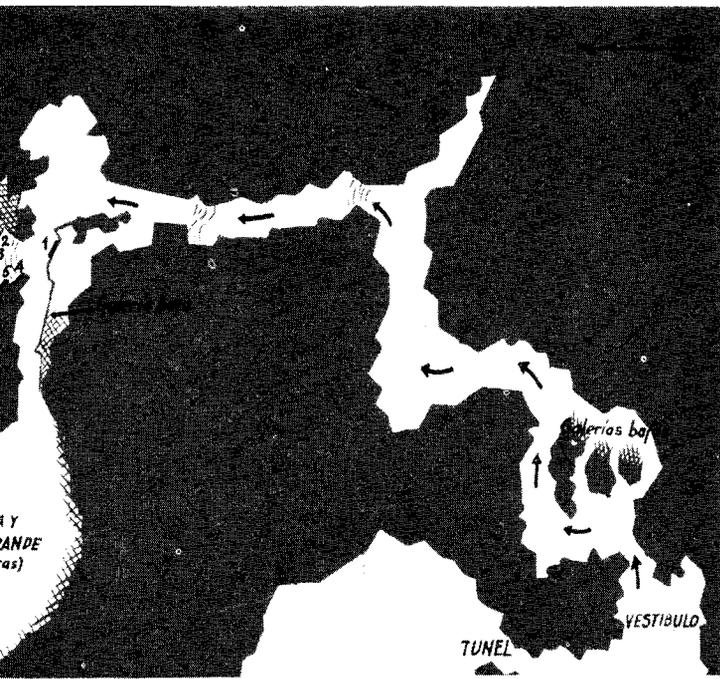
A poco del comienzo de la pared y casi a raíz del suelo (núm. 14) se representan, en grabado, dos caballos: uno seguido del otro. En el situado delante las líneas de grabado corren todo el cuerpo modelando con su grafía las distintas partes de la anatomía del animal. Sobre ellos, separado por cerca de medio metro de distancia y por una grieta de la roca, hay otro caballo grabado.

Siguiendo hallamos el número 15 del plano, que corresponde a la situación de un pequeño bisonte grabado y "tocado" con color negro, indicando partes modeladas por medio del esfumado. A la derecha del bisonte, número 16 del plano, se halla representado un ciervo en el que se combinan también el grabado y la pintura. Mide unos 38 cms de largo y es de una perfección y expresividad verdaderamente extraordinarias. Sobre él hay el grabado de un caballo incompleto y, más arriba, la figura de un gamo en pintura negra. El animal abre la boca en actitud de bramar. Parte de esa figura se incluye en la baja bóveda de la covacha y, sobre aquella, y ya plenamente en el techo, hay una gran figura de ciervo desarrollada en grabado y con toques de pintura negra. Es también de una enorme expresividad; está en actitud de caer, mortalmente herido por unos venablos que se clavan en su pecho. Incluido en este ciervo, está el pequeño grabado de una cabra.

Por último, en el núm. 17 del plano, hay un signo en pintura negra que parece adoptar la forma de una cornamenta de ciervo.

Las figuras de la caverna del Buxu están comprendidas entre el Solutrense y el Magdaliense. Ellas se entremezclan con urgencia, con verdadera ligazón de idea fija, tal como ocurre en las expresiones artísticas de otras cavernas. Y, en esta urgencia, se entremezclan también las posibilidades de los artistas mejor dotados con las de otros que, pese a su buena voluntad, no alcanzaron el grado suficiente para expresar bellísimamente su obra, el soplo genial de que están colmadas, por ejemplo, las figuraciones de la covacha final que he descrito.





Hay, no obstante, algo todavía más destacado en esta caverna, que hace conjeturar febrilmente sin hallar una solución, y es ello el gran número de representaciones abstractas que llamamos tectiformes, porque alrededor de ellas se formulan ideas sobre su posibilidad representativa de chozas-vivienda. ¡Con qué abundancia e insistencia se incluyen estos mensajes prehistóricos! Mas, ¿qué significación podrían tener tales representaciones en sus relaciones simbólico-mágicas?, ¿ciudad de muertos?, ¿albergues para una posible supervivencia del hombre?

También pueden ser trampas; algunas se plantean al lado de animales o de su símbolo (cornamenta de ciervo). ¡Lástima que las posibilidades de una explicación, medianamente fundamentada, sean nulas; al menos actualmente!

Caverna del Buxu, íntima y laberíntica como una agenda de bolsillo, que también nos entrega la intimidad y el laberinto de sus tectiformes.